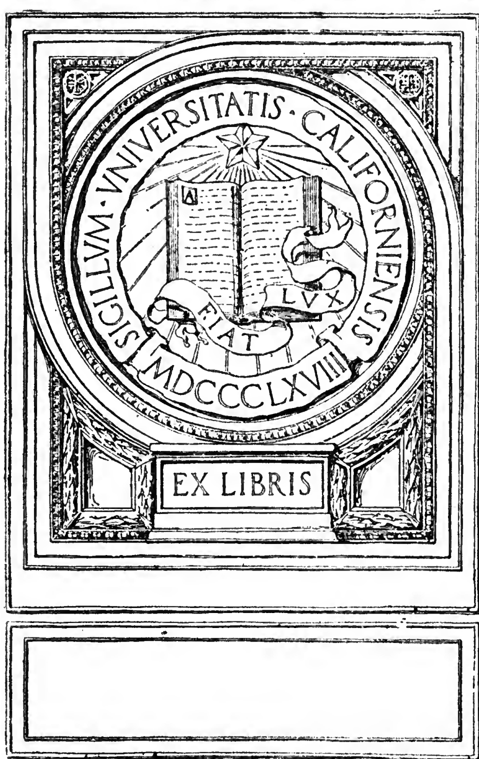

UC-NRLF
B 3 146 092


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



CENTENARIO DE COLON

VICENTE DE LA CRUZ

LA RECONQUISTA ESPAÑOLA

Y

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

POEMA

CON LA BIOGRAFIA DE COLON

Y LOS DATOS MAS IMPORTANTES ACERCA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

ILUSTRADA CON GRABADOS

PRECIO: 2 PESETAS

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE U. GOMEZ
Calle de la Cabeza, 36, bajo

Homenaje á Colon



RETRATO DEL AUTOR



AL ATENEO DE MADRID

En admiración de sus preclaras glorias.

EL AUTOR

AL LECTOR

No ha sido mi intención al escribir esta obra pintar la gran figura de Colón, empresa que creo imposible, pues á pesar del extraordinario número de poemas que á partir de la primera década del siglo XVI se han hecho en su honor, ningún poeta ha alcanzado la gloria de interpretar esa grandiosa figura, tan jigantesca, que tiene por base los mares que descubrió y por horizonte los cielos que alcanzó á ver su ardiente fe.

Describir á grandes rasgos las causas principales que motivaron la Reconquista Española y el Descubrimiento de América en una serie de cuadros en que figuran los principales personajes de la época, sobresaliendo entre ellos la Reina

Católica, que fué la causa principal de la Reconquista y la inmortal figura del insigne marino, á cuyo genio inmortal se debe el Descubrimiento de América; he aquí mi solo objeto.

Hoy el mundo entero solemniza el Descubrimiento de América, y creo una obligación coadyuvar cada uno en la medida de sus fuerzas á tan fausto acontecimiento, y aunque mi voz se pierda en el inmenso coro de alabanzas que ilustres é inspirados vates entonen en su honor, habré cumplido con un deber que al par llena todas las satisfacciones de mi alma.

LA RECONQUISTA ESPAÑOLA

Y

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

LEYENDA HERÓICA

I

LAS FIESTAS EN BIBARAMBLA

La plaza de Bibarambla
Con sus anchos soportales,
Ostentosos miradores,
Ricos y extensos bazares,
Torres afiligranadas
Y pórticos elegantes;
Donde el arte y el buen gusto

De los alarifes árabes
Brilla con fuerza y poder
Y se extiende en todas partes,
Está de fiesta: una grada
Circular forma ancha base
Al coso, cuyas tres puertas
Tienen salida á tres calles,
Zacatín, Alkaiseria
Y la de los Estandartes.
Sobre esta grada se extienden
Galerías circulares
Para las damas, los nobles,
Y personas importantes;
Penden de las barandillas
Sirviendo de cortinajes,
Ricos tapices de Persia
Con borlones y alamares,
Que ostentan nobles escudos
De las casas principales,
Y parte desde el estrado
De los reyes y magnates
Que han de ser del campo jueces
Y dar premio á quien le gane,
Ancha escalera que cubren
Alfombras cuyos remates
Pisan gallardas macetas
De granadinos alfares,

Que sostienen mirtos, lauros,
Resedas, juncia, arrayanes,
Limoneros y jacintos,
Heliotropos, azahares
Y otras plantas olorosas
De perfumes penetrantes,
Que embalsaman el ambiente
Agitadas por el aire.
Presta tono y colorido
A este cuadro inimitable
Un sol, cual de Andalucía,
Rico, espléndido, brillante,
Que bajo el azul del cielo,
Sin una nube que empañe
Su tersura y transparencia,
Sin enojosos celajes,
Dora con sus rayos de oro
Casas, torres, alminares,
Azoteas, galerías,
Ajimeces, estandartes,
Armas, tapices, preseas,
Plumas, joyas, flores, trajes,
Arcos, fuentes, pavimentos,
Cúpulas, ríos y estanques,
Y enrojeciendo la arena
Y animando los semblantes,
A cuanto alcanza la vista

Su fuego y poder esparce,
Y da vida, movimiento,
Luz, color, fuerza, donaire,
Celos, amor y alegría
Que en encontrados afanes
Las fiestas de Bibarambla
Son preludios de combates
En que han de saciar sus iras
Zegries y Abencerrajes.



Suenan las atakeviras
Añafiles y atabales
Y entran al trote en el coso,
Al frente de su estandarte,
Cuadrillas de trompeteros
Y ginetes almogávares
Con sus rojas sobrevestas.
Verde bonete y alfanje
Con tirantes escarlata
Y clavos de oro en su encaje;
Luego alféreces bizarros
Que cabalgan arrogantes,
Luciendo su gallardía
Sobre potros alazanes
Encubertados de guerra

Y dispuestos á probarse;
Detrás los almoravides,
De fiero y rudo semblante,
Todos cubiertos de hierro
Desde el casco al acicate;
Entra el escuadrón real,
Walíes y capitanes
Que van delante del rey
Para servirle y honrarle.



Ya resuenan los clarines,
Redoblan los atabales,
Se agita la muchedumbre,
Cruzan vivas por el aire,
Ondean los pendoncillos,
Picas y lanzas se abaten,
Y sobre un caballo negro,
De noble é inquieta sangre,
Cuyas gualdrapas de seda,
Con caireles y colgantes
Besan la arena encendida
Con movímientos iguales,
Aparece el rey, vestido
Con manto negro, homenaje
A su dignidad Real.

Es su expresión seria y grave,
Y la corona de perlas
Que sostiene su turbante,
Parece que abrumadora
Por su poder formidable
Le obliga á inclinar la frente
Que bajo su peso abate.
¡Pobre rey, á quien el pueblo,
Con pintoresco lenguaje,
Llama, el rey desdichadillo!
Desde que nació su madre,
La altiva sultana Aixa,
Por vengar fieros ultrajes
De su esposo el rey Hacen,
Le rodeó de parciales
Que le elevaron al trono
Entre torrentes de sangre,
Tropelías, desafueros
Y luchas interminables,
Y desde entonces el reino
Es un volcán en que arden
Mil encontradas pasiones
En combustión incesante,
Que en las contiendas civiles
Entre el hijo y entre el padre,
Pierden brío los guerreros,
Gastan oro los magnates,

Sufren los pueblos tributos,
No hay quien sus males ataje,
Y la patria se derrumba
Sin encontrar quien la salve.
Prisionero allá en Lucena
Después de rudo combate,
Debió su vida al contrario
En muy apretado lance.
Pero los reyes Católicos
Hubieron de perdonarle,
Dándole la libertad
Sin que pagara rescate.
Desde entonces en recuerdo
Y adornado con esmaltes
Lleva el blasón de Castilla
En señal de vasallaje;
En el pecho, y en la frente
Nube sombría y constante,
Oprime en la diestra mano
Su larga espada cortante,
Más que símbolo de fuerza,
Como accesorio del traje.
Cabalga á su lado izquierdo
(Formando con él contraste)
Muza, el valeroso príncipe
Caudillo de abencerrajes:
Parece que en su persona

Se encierra todo lo grande
Y heroico que hay en Granada,
No hay quien en valor le iguale;
Bien claramente se observa
En su actitud arrogante,
En su bizarra apostura
Y en su mirada que arde
En el fuego de los héroes
Con destello incomparable.
Por fin, como complemento
A tanto lujo y tal arte,
Sobre un palanquín dorado
Y entre cojines de encaje,
Llevado por cuatro negros
Atléticos, colosales,
Con escuderos, esclavos
Y gran número de pajes.
Rodeada de doncellas,
Que arrojan flores al aire
Y que en pebeteros de oro
Derriten perfumes árabes,
Envuelta en su largo velo
Y en actitud adorable,
Como la luna entre nubes,
Como el sol entre celajes,
Aparece la sultana,
Cuyos hechizos son tales,

Que ni pueden describirse
Ni hay comparación que alcance.
Llegan al estrado Real,
toman asiento, y señales
Dan de que empiece la fiesta,
Corran cañas y otros lances:
Entonces un pregonero
Con voz potente y vibrante,
Lanza el pregón de costumbre,
Y en tanto que el pueblo aplaude,
Servidos por pajecillos
Que en las manos llevan haces
De cañas con frescas flores,
Cintas, lazos y agremanes,
Cabalgan los que en la liza
Van el premio á disputarse;
Los mantenedores firmes
Toman cañas, el sol parten,
Y esperan la arremetida
Gineteando con arte.

*
* *

Frente al estrado del rey,
Cerrado por cortinajes,
Hay un ajimez oculto
Y en el fondo, destacándose,

Una dama misteriosa
Que oculta el rostro y el talle
Bajo un velo cuyos pliegues
Aunque amplios no son bastantes
A esconder la gallardía
De la que quiere ocultarse.
El rey no aparta los ojos
De la dama ni un instante,
Y ella sigue con los suyos
A Muza, que, sin fijarse,
Con su mirada de águila
No descuida ni un detalle
Atento siempre a la liza,
Pues por buen conducto sabe
Que allí la traición se oculta
Y él de todo es responsable.
Sigue el juego, los ginetes
Corren las cañas, cruzándose
En distintas direcciones
Por centro y extremidades.
Mas de repente la dama
Del ajimez, con arranque
Poderoso, tira un ramo
Que en medio del circo cae,
Y sobre él se precipitan
Corriendo y atropellándose
Cuatro ginetes que lidian

En los bandos contrincantes;
Ante él se paran un punto,
Se miden con implacable
Soberbia, y con fiero enojo,
Descompuestos los semblantes,
Gritan: «Paso á los Zegries»
«Paso á los Abencerrajes»
Contestan, y se preparan.
Los Zegries desleales,
Vuelven grupas, toman campo,
Cojen lanzas, se rehacen,
Cargan con fuerza y con brío,
Acometen con coraje
Y sus lanzas de dos hierros
Pronto se tiñen de sangre;
Chocan contra las adargas,
Rechinan los espaldares,
Brillan espadas y almetes,
Y con ímpetu salvaje
Crujen arneses y cascos
Bajo la saña indomable
De los traidores Zegries,
Y revueltos por el aire
Se ven plumas, alquiceles,
Penachos, grevas, turbantes,
Garzotas, ricos airones,
Espadas, lanzas y alfanges.

Se oyen gritos, juramentos,
Voces roncas, tristes ayes,
El son de agudos clarines
Que dan la orden de ataque,
Acometidas furiosas,
Golpes, huídas y avances.
En tan supremo momento,
Y sabiendo aprovecharle,
Avanza el príncipe Muza
Que sereno, inalterable
En medio de la contienda
Ni se alarma ni se abate,
Y grita con voz potente:
¡«A caballo los leales»!
¡«A mí»! Y con la espada en alto
Lanza el caballo adelante
En medio de la refriega;
Y con valor admirable,
A su paso todo cede
A su fiero empuje cae;
Da, cia, amaga, acomete,
Salta, torna, avanza, parte,
Sin contar los enemigos
Ni del peligro cuidarse,
Y al frente de su escuadrón
De feroces almogávares
Limpia el coso de enemigos

Y deja libre la calle.
El rey, que ha seguido ansioso
Las peripecias del lance,
Queriendo en vano calmar
El tumulto formidable,
Mira á la dama que muestra
Su rostro bello y radiante
Lleno de satisfacción,
Y hay quien la oyó al retirarse
Murmurar con voz sombría:
¡Mi venganza va adelante!
Entonces reyes, walíes,
Damas, caballeros, pajes
Y esclavos salen del coso:
Mas la corte al retirarse
Sólo deja en la ancha plaza
De Bibarambla, cadáveres,
Y en torno de ellos el pueblo,
Que con instinto admirable
Piensa que la rebelión
Ya no podrá dominarse;
Que las luchas intestinas
De los nobles y los grandes
Harán que Granada caiga
A tan continuos embate,
Y que los Reyes Católicos
Con sus nobles capitanes,

Pronto entrarán por la Vega
Valerosos y triunfantes,
Y la cruz del Cristianismo
Coronará sus adarves.

SEGUNDA PARTE

EL GENERALIFE

I

ARAÍSO encantado, edem de amores
Ilusión de un ensueño,
Alcazar que las hadas levantaron
Ayudadas por genios
Entre flores. perfumes y cascadas
Poéticas envuelto,



Con sus bosques de n irtos y de rosas,
Lauros y lin oneros,
Al rumor de las fuentes que murmuran
Del jardín á la lejos,
Duerme Generalife entre las sombras
Envuelto en el misterio

*
* *

Reina el silencio en la tranquila noche
Sobre el azul del cielo
Suspendida cual lámpara de plata
En el espacio inmenso;
Rueda la luna, que escoltada sigue
De estrellas y luceros.

*
* *

Es la hora misteriosa en que las hadas
De los lagos surgiendo
Resbalan bajo el rayo de la luna
Sin descender al suelo,
Y en las frondas se pierden de los bosques
Y se evaporan luego.

*
* *

Las auras se deslizan juguetonas
Dilatando sus ecos,
Penetran por calados ajimeces
En salones soberbios,
Y esparcen por el aire sus aromas
Y sus perfumes frescos.

*
* *

Generalife, duerme; los vigías
Acechan en secreto,
Las rondas han pasado, y al descanso
Se entregan los guerreros;
El alcazar oculta su hermosura
Por las brumas envuelto.

*
* *

Allí donde el amor, la poesía
Y el arte hallaron centro;
Allí donde los reyes y alfaquíes
Sus glorias escribieron
Y cuyos muros por do quier pregonan
Sus cien heroicos hechos;

*
* *

Allí donde princesas y sultanas
Su hermosura lucieron
Y las zambras, saraos y festines
Brillaron con exceso;
Allí donde las guzlas resonaron
Reina sólo el silencio.

II

Al extremo del jardín
Y en el último confín
Del alcazar separado
Hay un rico camarín
Entre las frondas velado.

*
* *

Sus calados miradores
De complicadas labores
Y su esbelta galería
Ocultan sus mil primores
Bajo espesa celosía.

*
* *

Guardan su artística puerta,
Siempre cerrada y desierta,
Según el rito y la ley,
Porque allí vive encubierta
La favorita del rey.



La hermosa Zaruyemál,
La de belleza ideal,
Cuyos diecisiete abriles
No reconocen rival,
Cual la rosa en los pensiles.



Sin que el amor la sujete
Habita regio retrete
Entre pájaros y flores
Bajo un alto minarete
Que esmaltan ricos colores.



Sus muros alicatados
Son prodigio de las artes,
Y en damascos recamados,

Y divanes tapizados,
Brilla el oro en todas partes.

*
* *

Y allá en la alta ensambladura,
De cedro y marfil tallada
Con artística estructura,
Una lámpara fulgura,
Luz misteriosa y velada.

*
* *

Mas tanto lujo, riqueza,
Esplendor y galanura
Pierden toda su grandeza
Con la altiva gentileza
Y la gallarda hermosura.

*
* *

De aquella ideal mujer
Que encerró desde el nacer
Tales encantos en sí,
Que se ha llegado á creer
Que es hija de alguna hurí.

*
* *

La fresca flor del granado
La dió sus colores vivos
Y su cuello nacarado,
De perfecto modelado,
Encierra mil atractivos.



Manos de nacar y nieve,
Cintura arrebatadora,
Un alto seno, pie breve,
Mirada fascinadora,
Sonrisa amante y aleve.



Boca cual nido de amores
En que un hada caprichosa
Unió á los frescos colores
Los perfumes seductores
Que da al abrirse la rosa.



No se puede comparar
Su muelle y lánguido andar
Y su actitud hechicera

Más que al flexible ondear
De la gallarda palmera.

*
* *

Ciñe al talle torneado,
Con túnica de brocado
Catfán de damasco azul,
Y el bello rostro velado
Por blanco y ligero tul;

*
* *

Chapines de tafilete
Con mil arabescos de oro,
Y lleva un soberbio herrete
Para que el velo sujete
Que por sí vale un tesoro.

*
* *

Ajorcas de oro pulido,
Y del cuello suspendido
Collar de gruesos brillantes,
Cuyos movibles cambiantes
Besan su seno escondido.

*
* *

Reclinada muellemente,
Y en actitud indolente,
Sobre ancho y rico diván,
Con incitante ademán
Y con la mirada ardiente

*
* *

Y fija en Muza, que al lado,
Inquieto y preocupado,
No puede disimular
El angustioso cuidado
Por lo que va allí á tratar.

*
* *

Por fin el temor venciendo
Se decide; y, comprendiendo,
Que todo retraso tarda,
Fué lentamente diciendo
A Zaruyemal que aguarda:

*
* *

MUZA

Presta á mi hermano valor,
El sólo vive por tí,

Haz que luche por su honor,
La patria lo exige.

ZARUYEMAL

Sí,
Mas á cambio de tu amor.

*
* *

MUZA

¿Qué dices?

ZARUYEMAL

Que yo te adoro
Porque eres del pueblo moro,
Hoy manchado, envilecido,
Fiel guardador del tesoro
Del honor que ya ha perdido.

*
* *

MUZA

Calla y torna á la razón.

ZARUYEMAL

¡Qué! ¿desprecias mi pasión

MUZA

Te adora mi hermano el rey.

ZARUYEMAL

¿Dónde está escrita la ley
Que mande en el corazón?

*
* *

MUZA

Zaruyemal, yo presiento
Horrores, males sin cuento
Para mi patria querida:
Aquí la traición se anida
Y se alza á cada momento.

*
* *

Hoy no es ocasión de amar:
Hay que sufrir y luchar
Y vencer al enemigo.

ZARUYEMAL

¿Por qué tan duro castigo?

MUZA

Me llegarás á olvidar.

*
* *

ZARUYEMAL

Muza, dame una esperanza,
Con ella todo se alcanza.

MUZA

Oye, no conseguirás
Que yo incline la balanza
Ante mi deber jamás.

*
* *

ZARUYEMAL

¿Me arrojas al torbellino
En que mi despecho arde,
Cierras al alma el camino?

MUZA

Cúmplase nuestro destino.

ZARUYEMAL

Atiende.

*
* *

MUZA

Que Alah te guarde.

Y alzando el tapiz partió.
Zaruyemal se quedó
Escuchando atentamente
El rumor que lentamente
De sus pasos se perdió.

*
* *

Brillaron sus negros ojos
Hechó hacia atrás el cabello,
Apretó sus labios rojos,
Y con terribles enojos
Tomó un pergamino, un sello,

*
* *

Y ardiendo en ira y coraje
Escribió, llamó, y al paje
Que á su llamamiento fué
Dijo... «pronto... este mensaje
Para el Real de Santa Fe.»

TERCERA PARTE

EL REAL DE SANTA FÉ

I

REINA y Señora á tus piés
Hoy me lleva la desgracia,
Que vá envuelta en estas letras
Con mis iras y mi saña.
Ningún otro sentimiento
Hacia tí me aproximara,
Que soy reina tu enemiga,
Por mi sangre y por mi raza.

Sé que es fiera la traición
Conque vendo hoy á mi patria,
Más nunca atendió á razones,
Quién perdió las esperanzas.
Si quieres ser hoy la dueña
De la presa codiciada,
Si anhelas que tus pendones
Se alcen hoy en la Alcazaba
Contéstame, y esta noche
Iré á tu Real con mis ansias.
Y mostraré ante tus ojos
Una mina subterránea
Que parte desde la Vega
Y se extiende hasta la Alhambra,
Y por ella tus soldados
Penetrarán en la plaza.
Alláh te guarde y prospere
Zaruyemal la sultana
De la tribu de Alí Hazen
Que hoy te ofrece su venganza.»
Este pergamino lée,
Con lenta voz y con calma,
Una dama seria y grave,
Que noblemente sentada
Está sobre alto sitial.
A la siguiente mañana
En el Real de Santa Fé.

Y en una tienda adornada
Con banderas y pendones,
En que se cruzan y enlazan,
De Aragón y de Castilla
Las nobilísimas armas.
Alternando los leones
Con las cadenas y barras,
Y cuya puerta defienden
Los Contínuos que la guardan,
Con Donceles y Escuderos
Todos de muy nobles casas.
En otro sitial al lado,
Y en actitud reposada,
Un caballero que viste,
De negro como la dama,
Cubierta está su cabeza,
Y la corona que encaja
Su birrete de belludo
Orlado con plumas blancas,
Prueban bien su alta noble' a
Y condición elevada.
Es el Rey Don Fernando
De Aragón, ella es el alma
Del ejército, la luz,
Que sobre todos irradia.
A cuya sola presencia
Los campeones se lanzan,

Despreciando los peligros
En medio de las batallas.
La Reina Isabel primera
Gloria y orgullo de España,
Impone con la energía,
Ordena con la mirada,
Con una sonrisa, premia,
Con su valor, entusiasma,
Con sus virtudes, da leyes,
Y con el ejemplo manda.
Tuvo un solo pensamiento,
Dar unidad á su Patria
Y hoy que en su último reducto,
A la morisma acorrala,
Ha jurado no cejar
Hasta rendir á Granada.
Reunido está el Consejo,
Y en su presencia se hallan,
Los más nobles capitanes,
Que en su Real la acompañan.
Allí Gonzalo de Córdoba,
El héroe de cien campañas,
Terror de los enemigos,
Cuyo solo nombre espanta,
Que lleva el Gran Capitán
La victoria encadenada,
Hernán Pérez del Pulgar.

A quien pregona la fama,
Valiente entre los valientes,
El que penetró en Granada.
Y en su mezquita clavó
El cartel con las palabras
De «Ave María», el que luego
La rescató con su espada,
Garcilasso de la Vega,
Aguilar, Tendilla y Alba,
Chacón, Iñigo Mendoza,
Y Don Gutiérrez de Cárdenas·
Fray Hernando Talavera,
Y entre otros frailes se halla
El protector de Colón,
Aquel que en triste mañana
Dió albergue, pan y alimento
En su convento de Rábida
Al intrépido marino
Que ofrecía un mundo á España;
Fray Pedro de Marchena,
De memoria veneranda.

REINA

¿Qué dicen mis capitanes?
Vuestros reyes os demandan
Un consejo ¿No es verdad,
Fernando?

REY

Pruebas bien claras
Tenéis de que mi opinión
Siempre con la vuestra se halla
Pues bien, hablad Hernán Pérez
Del Pulgar, en vos se hermanan,
Valor y sabiduría,
Vuestras célebres hazañas
Serán página en la Historia
Que nuestros hechos relata.

HERNÁN PÉREZ

Vuestras Altezas tan solo
Son jueces en esta causa,
Mandad y obedeceremos
La decisión soberana
Porque ha de ser seguro,
Siempre la más acertada.

REINA

¿Y vos? Gonzalo, deseo
Saber bien, si es que la plaza,
Tardará mucho en rendirse

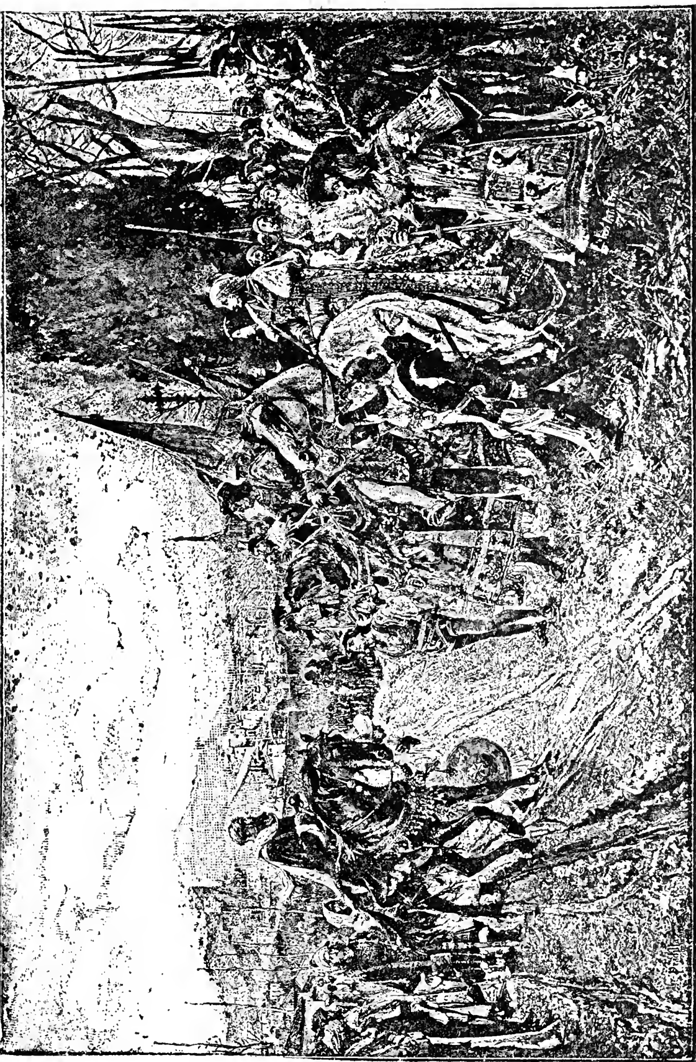
GONZALO DE CÓRDOBA

Pues vuestra alteza lo manda
Diré que la mucha gente
Que de toda la comarca,
Buscó en la plaza refugio
Harán que pronto la falta

De mantenimiento, sea
La más poderosa causa
De la capitulación.
El pueblo cansado clama,
Hay dentro muchos traidores,
Que la rendición preparan,
El rey vacila, los nobles
En contínuas algaradas,
Sin mirar al enemigo
Su sangre y prestigio gastan.
Tan solo el valiente Muza
Cuyo valor se agiganta,
Sostiene el poco entusiasmo
De sus tropas ya cansadas,
«Morir antes que rendirse»
Es la enseña que proclama
Más ¿Qué puede un hombre solo
Contra un pueblo á quien le falta
Valor para combatir,
Y para vencer constancia?
Calló Gonzalo de Córdoba,
La reina quedó abismada,
Un punto en sus pensamientos
Y viendo que todos callan
Levanta al cielo la frente,
Y con voz serena y clara
Dice: os doy gracias señores

La Historia en sus limpias pági nas
No dirá que la traición
A la victoria acompaña.
Nuestra hidalguía no puede
Pactar nunca con la infamia.
Y rasgando el pergamino
Y dando por terminada
La audiencia, con majestad
Y entereza se levanta.
Los grandes á poco rato
De la real tienda marchaban
Llenos de entusiasmo ardiente
Y risueñas esperanzas,
Por entre filas de tiendas,
Cuya animación es tanta,
Que se oye por todas partes,
Crujir de arneses y lanzas,
Chocar de cascos y sables,
Picas, espuelas y adargas,
Los capitanes se aprestan,
Y á sus escuderos llaman.
Los escuadrones se forman
Entre columnas bizarras
Los infantes que se agitan,
Los ginetes que cabalgan,
Los pajes que se atropellan,
Los caballos que piafan,

Y por todo el campamento
Se oye en medio de las ráfagas.
Del aire fresco que agita
Plumas, banderas y galas.
El toque vibrante, alegre
De la guerrera diana.



CUARTA PARTE

EL SUSPIRO DEL MORO

I

Granada se ha rendido, las torres de la Alhambra
Apenas se divisan bañadas por la luz.
Y á los primeros rayos del sol resplandeciente
Se ve sobre la Vela enclavada la cruz.
Ondean á su lado gallardos estandartes.
Pendones de Santiago, Castilla y Aragón
Y se oye entre los vivas de delirante júbilo
Triunfante, retumbante el eco del cañón.

Granada está vencida, su rey ha abandonado
El poderoso y último baluarte del infiel,
Ya gritan los heraldos desde la estensa Vega
«Granada por los Reyes Fernando é Isabel.»

II

Sobre un potro cordobés,
Ceñido el brillante arnés,
Y revuelto el almaizán
Con fiero y rudo ademán
Cruza del campo á través

*
* *

Un bizarro caballero,
Orgulloso y altanero,
En cuyo rostro sombrío.
Imprime el dolor màs fiero
Señales de desvarío.

*
* *

Es Muza, la encarnación
De la patria, su alma heróica,

No acepta la salvación,
Propuesta con calma estóica
De la capitulación.

*
* *

Y al ver que la debil grey,
Cediendo á la dura ley,
Acepta las condiciones,
Escuchando al mismo rey
Que dijo entre otras razones.

*
* *

«Nos tenemos que rendir»,
Ya no pudo más sufrir,
Y con fuego soberano
Gritó: «Rendirse es temprano
Y tarde para morir» (1).

*
* *

Perros, cobardes, traidores,
Por conservar los honores,
Y riquezas despreciables,

---

(1) Histórico.

Aceptáis estos horrores...
Pues quedáos, miserables.

* * *

Y abandonando el salón,
En su desesperación,
Sin rey, sin Dios, sin vasallo
Arrollando su pendón,
Con su lanza y su caballo,

* * *

Salió por la puerta Elvira,
Y el pueblo que en él admira
La fortaleza y valor,
Al verle marchar suspira,
Con desaliento y dolor.

* * *

Y sin que una luz alumbre
La negra noche de su alma,
Con inmensa pesadumbre,
Tocó del dolor la cumbre,
Y halló del héroe la palma.

* * *

Nunca lograron saber
Lo que Muza pudo hacer,
Los que su pérdida lloran,
Partió... al cielo donde moran
Los mártires del deber.

III

Vuela rey, adelante,
Allá lèjos, más lejos,
Donde el aire no lleve
El eco del cañón.
Oculta tu ignominia,
Aguija tu caballo,
Envuelve tu estandarte
Arrolla tu pendón.

*
* *

El sol se va ocultando
La noche se aproxima
Envolviendo la tierra
En tenebroso tul,
Y llega jadean‘e,
Cansado, fatigoso,

Subiendo la alta cumbre
Del cerro del Padúl.



Allí están las dos reinas,
Sus hijos los infantes,
Cincuenta caballeros,
De su ejército prez,
Se baja del caballo,
Cayendo de rodillas
Para ver á Granada
Por la postrera vez.



Y exhalando un suspiro
En que va envuelta el alma,
Bañadas las mejillas
De llanto abrasador,
Gritó: ¡Dios sólo es grande!
Con voz enronquecida
Y se abismó un momento
En su fiero dolor.



Y en mármoles y bronces,
Leyendas y poemas
«El Suspiro del Moro»
Recuerdo eterno halló,
Mientras de su reinado,
Abismo de placeres,
Ningún hecho brillante
La historia consignó.



Su madre, la sultana,
Soberbia é iracunda,
Dice: «Llora menguado,
Llora como mujer,
Puesto que no supiste
Como rey y como hombre
Tu corona y tu reino
Potente defender.»



Y parte, el rey en tanto
Con su vergüenza sólo,
Y con su desventura
Un instante quedó.
Entonces bajo un toldo

De mirtos y arrayanes,
Zaruyemal la hermosa
Ante él apareció.

*
* *

REY

¡Oh! tú, mi bien, mi gloria,
Mi dicha y mi ventura,
Tú puedes solamente
Mitigar mi dolor.
¿Qué importa que en el polvo
Rodara mi corona
Si reino yo en tu alma
Y conservo tu amor?

*
* *

ZARUYEMAL

Oye, rey, mi venganza
Se encuentra ya cumplida.

REY

¿Qué dices?

ZARUYEMAL

Que yo nunca

Te quise, te engañé,
Y Alah para castigo
De mi fortuna fiera,
Me dió sólo el desprecio
Del hombre que adoré.

*
* *

REY

¿Su nombre?

ZARUYEMAL

El noble Muza,
Y escúchame un momento.

REY

Mas, ¿Porqué tu venganza?
¿Qué mal te pude hacer?

ZARUYEMAL

Soy hija de Zoraida,
La cautiva de Loja,
Rey, tú la deshonraste,
Tú la hiciste vender.

*
* *

Y en Africa su duelo, encanto y hermosura
El corazón de un príncipe lograron cautivar:

El fué mi noble padre, ella su tierna esposa,
Mas nunca su deshonra llegó un punto á olvidar.



Allí, languideciendo, sus años se pasaron,
Y enferma, delirante, ya próxima á morir,
Me exigió juramento de vengar sus afrentas;
Fielmente lo he cumplido... tú lo puedes decir.



Yo derramé tesoros comprando tus parciales;
Sin llegar á ser tuya alcancé tu pasion,
He minado tu trono, te he hundido en el abismo;
Cumplida mi venganza me inspiras compasión.



Y rápida cual ráfaga que arrastra el torbellino
Sobre un negro caballo fugaz desapareció,
Y el rey, anonadado, inmóvil, sin conciencia
Esclavo de un ensueño horrible se creyó.



¡A caballo! cabalga, aprisa, más aprisa,
Pide al viento sus alas, su fuerza al huracán,

Que ya llega la noche y puedes con sus sombras
Velar tus amarguras, calmar tu fiero afán.



¡Vuela, rey, adelante, allá lejos, más lejos,
Donde el aire no lleve el eco del cañón;
Aguija tu caballo, esconde tu vergüenza
Y oculta para siempre tu abatido pendón!



¡Adónde irás, ay triste, que olvide tu memoria!
¡Adónde que no escuches, abrumador, cruel,
El eco que repite del llano á la montaña:
¡Granada por los Reyes Fernando é Isabel!

QUINTA PARTE

CRISTOBAL COLON

I

Entre frescas sombras de mirtos y áloes
Que prestan su encanto al rico pensil,
Adonde confunden sus arenas de oro
En ancha corriente el Darro y Genil
Teniendo por fondo la Sierra Nevada
Cubiertas sus cimas de blanco capuz;
Allí donde crecen gallardas palmeras
Y son más brillantes el aire y la luz,

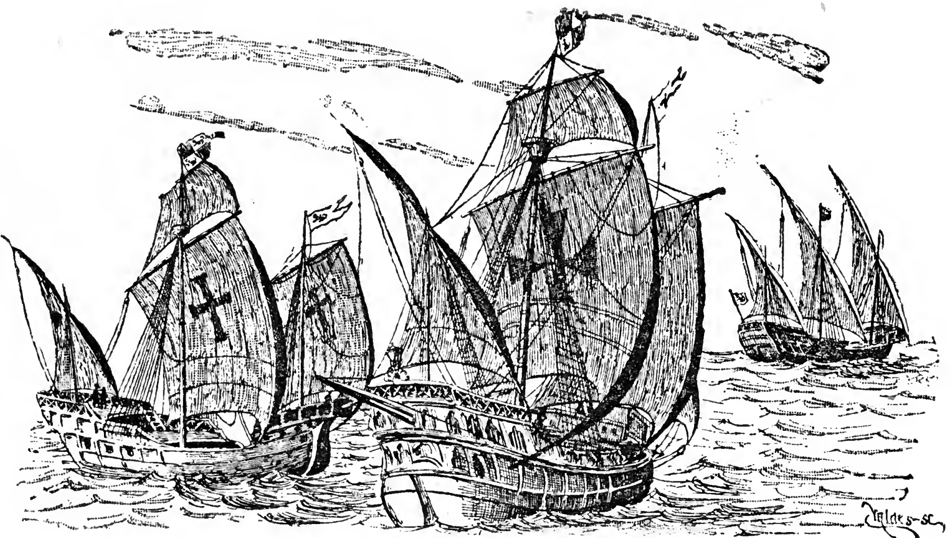
Perdida Granada, su emir fugitivo,
Abiertos sus muros, desierto su Real,
Los Reyes Católicos, con todas sus gentes,
Hicieron su entrada solemne, triunfal.
Los jefes de tribu, las grandes familias
Truecan aquel día su negra aflicción,
En ciego entusiasmo, pues saben con júbilo
Que vidas y haciendas perdonadas son.

II

Alzado entre trofeos de guerra y de victoria
Un trono se levanta bajo un ancho dosel,
Y en góticos sillones sentados, homenaje
Reciben por su triunfo Fernando é Isabel.
A sus pies extendidos como mullida alfombra
Cien sangrientos pendones que el vencido abatió
Y grandes infanzones y altivos caballeros
Pisando van la enseña que el árabe adoró;
Lo más grande é ilustre de las ciencias, las armas
Y letras allí tienen su representación
Cardenales, doctores, damas, frailes, guerreros
Y sabios de Sicilia, Castilla y Aragón.
Entre ellos está un hombre de sayal franciscano,
Ancha y altiva frente, penetrante mirar,

Rizoso y gris cabello, actitud reposada,
Continente sereno y parco en el hablar;
Es aquel que los sabios apellidaron loco
Y fué de corte en corte otro mundo á ofrecer,
Y siempre desdeñado, fué sólo comprendido
Por una noble, heroica y superior mujer.
La reina de Castilla, ella sola, á despecho
De cábalas é intrigas de bastarda ambición
Cedió sus ricas joyas, armó tres carabelas
Y dió de ellas el mando á Cristobal Colón.
Mas suenan los clarines reclamando silencio,
La reina se levanta, muestra con gravedad
La cruz que hay en la Vela, y con la faz rádiante,
En actitud solemne, llena de majestad
Dice: «Gloria al Eterno, él nos da la victoria;
Hemos reconquistado la España que perdió
Un rey cuyas pasiones al enemigo abrieron
Las puertas de la patria que la traición forzó.
Ocho siglos de luchas, mil héroes ignorados,
Ejemplos de constancia, valor y lealtad.
La religión por norma, la virtud por bandera,
Honor y patriotismo hasta la heroicidad.
Mas no basta, es preciso que España se engrandezca,
Conquista más preciada para ella alcanzaré;
Parte Colón á esas comarcas ignoradas
Y clava el estandarte en ellas de la Fe».
«Plaza al gran almirante». Colón cae de rodillas,

Su emoción es tan grande que apenas puede hablar;
Besa la regia mano, se pone en pie y exclama:
«Un mundo para España, Señora, he de alcanzar.»
Estas nobles palabras ganan los corazones,
Deponen sus rencillas, alejan su altivez,
Desborda el sentimiento con fervido entusiasmo
Y se oye ¡Viva España! por la primera vez.
Aquel grito de «Patria» lanzado en Covadonga
Resuena en toda España triunfante por la fe,
Y de sus tumbas álzanse los héroes y guerreros
Al mando de Pelayo, que su caudillo fué.
No hay reinos ni fronteras, la patria sólo es una,
Y siendo España madre, sus hijos han de ser
Españoles tan sólo, y bajo esta bandera
¿Quién puede su entereza y su valor vencer?
Veinte generaciones en mil heroicas luchas
Cayeron sosteniendo con brío su pendón,
Muriendo por su patria, doliente y oprimida,
Por tan opuestos fueros leyes y religión.
Desde el cielo en que moran, su espíritu impalpable
Exclama cuando se oye el eco del clarín:
«¡Salud á nuestros hijos! ¡Patria, bendita seas!
Ya España es española hasta el postrer confín».



LA SANTA MARIA, LA PINTA Y LA NIÑA

CARABELAS QUE LLEVÓ COLÓN AL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

SEXTA PARTE

¡TIERRA!

La noche es tenebrosa,
Envuelven mar y cielo
Densísimas tinieblas;
Las nubes en tropel
Confunden con las aguas
Celajes y neblinas,
Que el huracán azota
Guiado por Luzbel.

***

Las olas se entrechocan
Rompiéndose entre espumas,

Y vagos remolinos,
Sin forma ni color
Y en moles jigantescas
Al cielo se levantan,
Hundiéndose en abismos
Con hórrido fragor.

***

El trueno se dilata
Rodando de ola en ola,
Repitiendo esos ecos
Que nunca encuentran fin,
Y alumbran los relámpagos
Con cárdenos reflejos
Del horizonte inmenso
El último confín.

***

Despiden las tinieblas
Fosfóricos destellos,
El aire está cargado
De acre emanación,
Y ráfagas brillantes,
Rasgando el horizonte

Encienden fugitiva
Sulfúrea exhalación.

*
* *

La tempestad desata
Sus fuerzas misteriosas
Lanzando de su seno
La muerte y el horror,
Y vientos, huracanes,
Olas, truenos y nubes
Estallan confundiendo
Su aliento destructor.

*
* *

Juguete de las olas
Que los abismos cruzan,
Tres pobres carabelas
Casi perdidas van,
Cual hoja que arrebata
Furioso el torbellino
O arista desprendida
Qué arrastra el huracán.

*
* *

Son la *Santa María*,
Con la *Pinta* y la *Niña*,
Que salieron de Palos
En pobre expedición,
Dotadas por Castilla
A descubrir un mundo
Bajo el mando exclusivo
De Cristobal Colón.

***

La tempestad arrecia,
Inmensas cataratas
Descienden de las nubes
Con ruido aterrador,
Formando un todo horrísono,
Fantástico, insondable,
Sin forma, ni contornos,
Sin luz y sin color.

***

Esos tonos cenicientos
Plateados de las olas,
Ese continuo vaivén,
Su fosfórico, instantáneo cabrilleo,
Su inquieto y vago sostén;

Las montañas que se forman
Vaporosas con espumas
Y deshacen cual burbujas al azar;
Los rugidos de la tromba
Estrellándose en los mares
Y del trueno el estridente rebramar,
Forman cuadro indescriptible
De jigantes dimensiones,
Sin contornos, sin contrastes
Vaporoso,
Imposible de pintar.



Hay en la *Santa María*
Movimiento extraordinario;
La tempestad ha cedido,
Pero á su paso dejando
En la pobre carabela
Ruina, destrucción y estragos;
Desguarnecido el timón,
El velamen destrozado,
Roto y maltrecho el bauprés
Y el palo mayor en falso.
Todo es ruido, movimiento,
Temores, furias y espantos;
Hombres de armas, marineros,

Corren de uno al otro lado,
Ciegos, locos, confundidos,
Sin conciencia de sus actos,
Fatigosos, jadeantes,
Furiosos, desesperados,
Esgrimiendo en su locura
Con torpe y convulsa mano
Hachas de abordaje, espadas,
Picas, chuzos, lanzas, palos,
Pues todos buscan la muerte,
Mas quieren morir matando.
Un solo grito se escucha
Que llena el alma de espanto
Ronco, fiero, pavoroso
Sobre todos dominando:
¡Muera el almirante!—gritan
¡Caiga el pretendido sabio
Que nos condujo á la muerte!
¡Muera Colón! y entre tanto
Que unos preparan las armas
Con instintos sanguinarios,
Otros corren en su busca
Cual torrente desbordado,
Venciendo á los pocos fieles
Que quieren forzar el paso.
En tan solemne momento
Colón aparece, impávido,

Sereno el rostro, la frente
Coloreada por el rayo
De la inspiración del genio,
Que su faz iluminando,
Impone, subyuga, vence
Y ordena á los más osados.
Reina el silencio un instante,
Colón se cruza de brazos,
Tiende la vista en redor
Y les dice: ¡Desgraciados,
Si pudiera con mi muerte
De tal situación sacaros,
Contento y feliz la diera!
Pero, ¿pensásteis, acaso,
Que mi sangre os marcaría
La tierra que estáis buscando?
—Tiene razón (dicen unos)
(Otros) él nos ha engañado
Trayéndonos á estos mares,
Hasta hoy inexplorados,
Para hallar sólo la muerte.
—O la fortuna, insensatos,
Hombres sin fe, concededme
Un solo y último plazo,
Y si no encontramos tierra
Juzgadme entonces.
—¿De cuánto

Es el plazo que queréis?—
Dice uno que ha tomado
El mando de los rebeldes.
—De cuatro días, contados
Desde esta noche.
—Pues sea;
Volved á tomar el mando
Hasta entonces, y pensad
Que ese plazo terminado
Sólo os aguarda la muerte;
Hasta entonces esperamos.
—Está bien, izad las velas,
Al timón, viento contrario
Se presenta, largad foques,
Asegurad bien los palos
De mesana, y confianza
En Dios. Al muy poco rato
La tripulación en calma,
Los ánimos sosegados,
Ejecutan con destreza
De su jefe los mandatos.
Colón, en el entrepuente,
La maniobra observando,
Eleva al cielo los ojos
Lleno de fervor cristiano
Y dice: «¡Dame gran Dios
El triunfo tan anhelado;

No por mí, Señor, por ellos
Te pido y te ruego tanto;
Por España y por el mundo
Que nos está contemplando,
Concédeme la victoria,
Yo acepto el martirio en cambio».
....
....

*
* *

Hermosa es la mañana
Expléndida la aurora,
Tibio el aire emanado
Del suelo tropical.
La luz pura, brillante,
El cielo trasparente,
En calma el mar, sereno
Cual límpido cristal.

*
* *

Las nubes irisadas
Refléjanse en las olas,
Las olas sus reflejos
Devuelven á su vez,
Chocando sus espumas

Espejo de las nubes,
Con dulce, cadenciosa
y muelle languidez.

*
* *

El sol se va elevando
Del fondo de los mares,
Con lenta misteriosa
serena majestad,
Tocando fujitivo
Las crestas de las olas,
Del horizonte extenso
Hasta la inmensidad.

*
* *

Abrillanta, embellece,
Dora, pule, ilumina,
Esculpe, pinta, esmalta,
Con mágico pincel,
Jarcias, velamen, palos,
Hierros, armas, trinquetes,
Desde el roto aparejo
Hasta el limpio broquel.

*
* *

Surcando van las olas
Que ceden á su empuje,
Con fuerza incontrastable,
Del mar las carabelas,
El viento favorece,
Dan impulso los remos,
Largando á todo trapo
Desplegadas las velas.

***

Un hombre, solo un hombre
Está sobre cubierta,
Con su tenaz mirada
Estudia el ancho mar,
El horizonte mide,
Más solo el oleaje,
Inquieto y rumoroso
Consigue divisar.

***

Estrecha con su mano
La Cruz del Cristianismo
Que á intervalos oprime
Sobre su corazón,
Con fé ardiente la besa

Con su llanto la baña,
Y así encuentra consuelo
Su pena y aflicción.



Más ¿qué es ésto? Sus ojos
Brillantes se iluminan,
Se fijan en las aguas
Inquietos con terror,
Que ha visto entre las olas
Flotar plantas marinas
Y enmedio de las algas
Ramas de espino en flor.



Levanta la mirada
Al alto firmamento,
Su rostro se ilumina,
Se yergue su cabeza,
Sollozos y suspiros,
De su pecho se exhalan
Y el triunfo de la gloria
Aumenta su grandeza.



Y cual si Dios queriendo
Al darle la victoria,
Con todas las señales
Su empresa coronar,
Se ven cruzar el aire
Bulliciosa bandada
De alegres golondrinas
Piando sin cesar.

*
* *

Levanta á Dios su espíritu,
Humilla el pensamiento,
La altiva frente abate,
El éxito le aterra,
Y escucha electrizado,
Inmovil, casi inerte,
El grito del vigía,
Que anuncia ¡Tierra! ¡Tierra!

*
* *

Y ruido, movimiento,
Pasos, arrastres, gritos,
Las manifestaciones,
Del loco delirar,
Interjecciones sordas,

Acciones mil de gracias,
Rezos, ayes, suspiros,
Se escuchan sin cesar.

***

Todos corren y gritan
Y van sobre cubierta,
Se estrechan y confunden,
Con fraternal amor,
Viendo ya al Almirante,
Sereno ante la proa,
Avergonzados dicen:
¡Piedad! ¡Perdón, Señor!

***

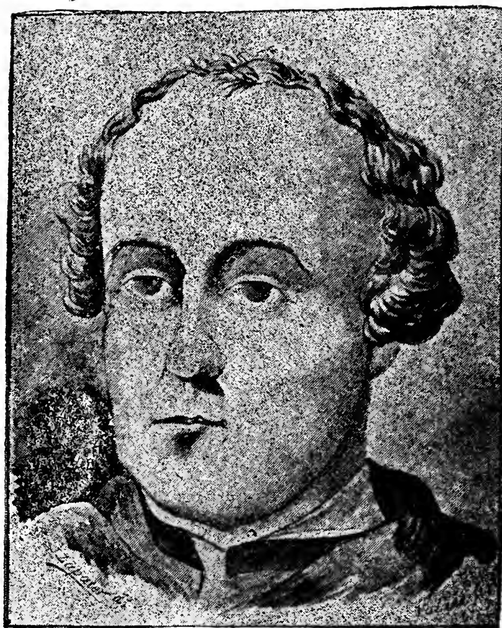
Colón con una mano
Les muestra el horizonte,
Marcándoles la tierra
Bañada por la luz,
Y en la otra mano ostenta
Con brío poderoso
Alzado el estandarte
Bendito de la Cruz.

***

El nimbo de la gloria
Circunda su cabeza;
En sus ojos irradia
Fuego santo, inmortal,
Su frente toca al cielo,
Su luz alumbra al mundo
Y sírvenle los mares
De inmenso pedestal.



Con voz grave, serena,
Les dice:—«Hemos llegado,
Por la fe conducidos
Y de la gloria en pos;
Esa tierra es de España,
La Cruz sobre ella alcemos,
Hermanos, de rodillas;
Gloria por siempre á Dios».



CRISTOBAL COLON

BIOGRAFIA DE COLON

Los historiadores que se han ocupado de Colón presentan la vida de este célebre navegante bajo muy diferentes aspectos, pero todos convienen en la fecha de su nacimiento. Cristobal Colón nació en Génova el año 1436, siendo hijo de un fabricante de tejidos que, como la mayor parte de los genoveses de aquella época, había servido en la marina mercante en los primeros días de su juventud. Colón manifestó desde luego su pasión por el estudio, é hizo rápidos progresos en Geometría, Astronomía, Geografía y Cosmografía; estudió todas las partes del mundo conocido, y por deduc-

ciones científicas ó por esa intuición y fe que siempre acompañan al verdadero genio, comprendió que había países inexplorados al O. de Europa, en el Atlántico, y que podía llegar á las Indias por este camino; desde el momento que tuvo aquella revelación ya no fué dueño de sí mismo y no tuvo más que un objeto en su vida: realizar aquel viaje de exploración cuyo término había de ser el más grande acontecimiento que registra la Historia, el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Propuso este magnífico proyecto á sus compatriotas, los genoveses, y al rey de Portugal; pero fué calificado de loco y objeto de infinitas burlas y sinsabores por lo atrevido del proyecto, hasta que, resuelto á todo trance á llevar á feliz término su noble empresa, llegó á España, falto de medios, con su hijo enfermo y en una situación tan dolorosa, que á otro cualquiera que no hubiera estado animado de aquel espíritu eminente, superior, de aquella fe incontrastable, que es el patrimonio exclusivo de todos los que realizan grandes empresas, le hubiera hecho desistir de su empeño y Dios sabe cuándo se hubieran descubierto aquellos

ricos países ó á qué naciones hubieran pertenecido.

Triste, muy triste, fué para Colón aquel día en que llamó á las puertas del convento de la Rábida; aquel momento histórico que la poesía, la pintura y la estatuaria han reproducido bajo tan diferentes formas aunque iguales en el pensamiento: allí encontró un espíritu verdaderamente superior en Fr. Pedro de Marchena, allí pudo hacer que su pensamiento fuera comprendido y admirado, allí experimentó las satisfacciones del hombre cuyo cerebro abarca un mundo de ideas y ve que pueden llegar á realizarse, allí tuvo en el Abad un corazón capaz de comprender al suyo, allí, en la casa de Dios, lugar el más á propósito para las meditaciones del cristiano y las concentraciones del sabio, tuvo la verdadera revelación de sus destinos futuros; en aquel apartado convento halló cariño, protección y ayuda, allí tuvo el sabio, alimento y respeto, el hombre, abrigo y pan.

Fr. Pérez de Marchena le dió cartas para los grandes de la Corte, que estaban realizando, al mando de los reyes Fernando é Isabel,

aquella grandiosa epopeya española que tuvo por fin la unidad de la patria: presentado á la reina Isabel, esta gran mujer acogió su proyecto con entusiasmo; pero como ante todo era necesario terminar la campaña de la Reconquista, antes de acometer otros proyectos, por grandes que fuesen, tuvo que esperar, formando parte de los que acompañaban á los Reyes en la Conquista de las tierras y ciudad de Granada.

Puede asegurarse que ningún español deseaba con más empeño que él la terminación de la guerra; á cada villa, á cada comarca y castillo que se rendía á los victoriosos ejércitos castellanos cobraba nueva esperanza, porque comprendía que se aproximaba el término de sus aspiraciones; ocho largos años tuvo que esperar; pero al fin lució para él el día de la victoria, cuando rendida Granada, último baluarte que tenían los moros, derrotado su ejército, fugitivo su Emir, triunfantes los Reyes Católicos, habiendo realizado la unidad de la patria después de ocho siglos de luchas incesantes y diversas conquistas, pudo realizar la reina Isabel el pensamiento de Colón, aun-

que con grandes dificultades, suscitadas por los sabios de Salamanca y grandes señores, y hasta por el mismo rey, que calificaba de temerario el intento; pero ella, alentada por la fe que Colón había logrado inspirarla, por los continuos y generosos pensamientos que en pro de Colón abrigaba Fr. Pérez de Marchena ó tal vez por inspiración divina en sus momentos de entusiasmo y generoso arranque, ofreció vendersus joyas y armar tres carabeles que, bajo el mando de Colón, irían á conquistar aquellos países inexplorados.

Llegó, por fin, el suspirado día; Colón se embarcó en el pequeño puerto de Palos, en Andalucía, provincia de Huelva, el día 3 de Agosto de 1492, no sin haberse presentado antes á la Virgen que allí se venera y hecho voto de penitencia si lograba volver de su expedición.

Una observación debemos hacer, y es, que Colón era ante todo eminentemente religioso; buena prueba de ello el haber bautizado la Nao en que iba con el nombre de aquella Virgen, Santa María, y para corroborar esta opinión, el hábito franciscano que por devo-

ción usaba constantemente en cumplimiento de sagradas promesas.

El viaje fué penosísimo; después de sesenta y cinco días, en que se gastaron la paciencia y la confianza de los tripulantes, excitados los marineros y hombres de armas que llevaba Colón en sus carabelas, sofocada la insurrección que á bordo tuvo lugar capitaneada por uno de los hermanos Pinzones, envidioso de la gloria y prestigio de Colón, obtenido por éste un plazo, cumplido el cual podrían los insurrectos disponer libremente de su vida, Colón, más firme en sus ideas que nunca, viendo claras señales de que se aproximaban á tierra, pues que en los días 16 y 17 de Septiembre habían aparecido sobre las aguas, gibus, yerbas marinas y maderas, que eran claros indicios de la aproximación á la tierra, viendo el 11 de Octubre una caña verde y una rama de espino en flor y al anochecer una bandada de golondrinas de mar que surcaban el horizonte, arribó el 12 de Octubre al amanecer al mágico grito de «Tierra» lanzado por el vigía á la primer isla del grupo de Bahamá.

Cayeron en tierra y pidiéronle perdón los

que antes querían asesinar al ilustro marino, cuya gloria estaba para siempre cimentada ante el descubrimiento de la tierra, entonaron el *Te Deum laudeamus* y clavaron el estandarte de la Cruz en la playa: Colón dió el nombre de Indias Orientales al grupo y á las primeras de San Salvador; descubrió después Cuba y Haiti y las llamó «La Española», regresando á España en Marzo de 1493.

A su regreso á España fué nombrado almirante de las Indias que había descubierto, y acogido con grande entusiasmo por reyes y sabios; fué acompañado en este primer viaje por su hermano D. Diego, que le prestó grandes servicios, pues aunque no poseía los grandes conocimientos de su hermano Cristobal, era considerado por uno de los mejores marinos de su tiempo.

En Septiembre de 1493 hizo el segundo viaje y descubrió la mayor parte de las islas en las pequeñas Antillas y Santo Domingo, fundando esta villa y dictando sabias providencias y leyes para su administración bajo los españoles, regresando á España al cabo de algún tiempo para formar la tercera expedi-

ción, realizada en 1498; entonces descubrió el Continente y el costado de la América Meridional.

En 1502 hizo el cuarto viaje, llegando al Golfo de Panamá: grandes habían sido los sufrimientos de Colón hasta ver realizada su colosal empresa, pero aún su funesto destino le reservaba mayores penas y martirios; la mayor y más grande desventura que afligió su vida fué la calumnia: pocos hombres como él han sufrido tanto por esta pasión bastarda y miserable, y si es una verdad ciertísima que á todos los hombres de genio verdaderamente superior acompaña la envidia de las medianías y vulgo, que hace de toda acción arma infame para sus fines siniestros, si es innegable que el despecho de los menos y la indiferencia de los más abre ancho camino á la calumnia, que ataca siempre invisible al que es objeto de ella, nunca como en Colón se vió más triunfante; tal prestigio adquirieron en la Corte las infamias que de Colón se prepararon, tal aserto dió el rey á las opiniones de sus contrarios envidiosos, que mandó á Bobadilla que le sustituyese en su cargo, y de tal manera Bo-

badilla cumplió su cometido, que mandó á España al insigne marino cargado de cadenas: he aquí el premio de sus afanes, esta fué la mejor recompensa que obtuvo por dar á España un Nuevo Mundo colocándola á la cabeza de todas las naciones.

A su regreso á España pudo, con sus evidentes pruebas de inocencia, alcanzar su libertad, mas nunca volvió á recobrar su crédito, la vil calumnia le persiguió hasta en sus últimos instantes, pero él sufrió con una resignación verdaderamente evangélica tantos martirios: otro de los sufrimientos que amargaron sus días fué la ingratitud del rey Fernando, que le abandonó de una manera inaudita; el carácter rencoroso de este rey no pudo perdonarle la inmensa gloria que le rodeaba.

Abrumado Colón de sufrimientos morales, castigado por las enfermedades contraídas en aquellos lejanos climas, cediendo su noble espíritu al bajo y rastrero influjo de la calumnia y de la envidia, y aceptando con resignación cristiana tantas y tan inmensas desventuras, entregó su alma á Dios en 1506 en Valladolid. Sus indiscutibles virtudes, su heroica piedad,

sus martirios soportados sin queja y con resignación ejemplar, la fe ciega, incontrastable en su triunfo, no por vanagloria, sino por llevar la luz del cristianismo á pueblos salvajes, fueron tales y tan relevantes, que hoy la Iglesia Católica pretende colocarle en el número de sus elegidos elevándole á la Santidad.

Hasta le fué negada la gloria de dar su nombre al Continente, pues la alcanzó Américo Vespucio, navegante que le había acompañado en 1499, el que se apropió el descubrimiento de la Tierra firme.

Colón hizo grandes descubrimientos en la ciencia y se sirvió por primera vez del astrolabio para determinar exactamente la longitud y latitud geográfica.

Su vida y sus viajes fueron escritos por primera vez por su hijo en 1581; esta obra fué traducida en francés por Cotolendy, traducción de Urano (1824), Roselly en 1856, y su más alta gloria póstuma ha sido su vida escrita por Washington (viajes y aventuras de Colón, traducida por Merreau), París, 1838.

Sus grandes tribulaciones han sido hermosamente cantadas por Mad. Dubocage y por

Barlow, y la primer estatua que se elevó á este grande hombre fué debida al escultor Geues; posteriormente la estatuaria, la pintura y la poesía, representada por los más eminentes artistas de España y del extranjero, han reproducido los momentos más sublimes de su accidentada vida.

Sus restos mortales fueron llevados á Santo Domingo, y después fueron trasladados á la Habana en 1795.

Hoy todas las naciones rinden justísimo tributo al gran Colón, y España, orgullosa de sus glorias, eleva su nombre en coro general de alabanzas celebrando sus triunfos en el Cuarto Centenario.

LA RECONQUISTA ESPAÑOLA

Y

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

PRIMERA PARTE

I

La decadencia del imperio godo había llegado á su último límite bajo el reinado del rey D. Rodrigo; aquellos guerreros y conquistadores que habían arribado á nuestra Península, imponiéndose con su valor incontrastable, con la pureza de sus costumbres y con una organización militar y política, verdadera-

mente progresiva para aquellos rudísimos tiempos en que el arte y la ciencia se hallaban en la infancia de su vida, ya dueños por completo del territorio se entregaron á un bienestar pacífico, que pronto llegó á convertirse en molicie: el lujo, los placeres, las continuas fiestas y el sibaritismo reinaron por completo en sus palacios, y los antiguos guerreros, aquellos que tenían por tienda en el campo de batalla la bóveda celeste, por trono la silla del caballo y por toda fiesta y divertimiento el pelear, se convirtieron en afeminados cortesanos, vistieron la seda en vez de la cota de mallas y se entregaron á todo género de excesos en sus ostentosos palacios.

Toledo, la capital del imperio godo, fué, bajo el reinado de su último rey D. Rodrigo, centro de placer y corrupción: nada había en aquella fastuosa corte digno de consideración y respeto; el rey, arrastrado por su incontinencia, atropellaba por todo, y las mujeres é hijas de los más grandes señores, que eran el apoyo más firme del trono, sirvieron de objeto de placer al soberano, que vió de este modo convertirse sus mejores amigos en contrarios y

sus grandes consejeros en traidores: padrón de eterna ignominia para la historia será la traición del conde D. Julián y del obispo don Opas, y Florinda ó la Cava, con sus legendarios amores con el rey, causa principal de la irrupción de los árabes en la Península española.

La Rota de Guadalete fué la última página de ignominia para los godos; vencidos, dominados y perseguidos por los vencedores se entregaron vilmente á su yugo, convirtiéndose en esclavos los que habían sido señores; otros, no conformándose con vivir bajo los nuevos dominadores, huyeron á tierras extranjeras, dividiéndose España en reinos y califatos, donde los árabes se establecieron, dando origen á nuevas legislaciones, usos y costumbres, á las que poco á poco fueron acomodándose sus antiguos moradores; no contribuyó poco al nuevo orden de cosas establecido la transigencia de los nuevos señores, que respetaron la religión establecida en el antiguo imperio.

Hubo un pequeño número de españoles, en cuya bien templada condición patria no tuvo cabida la servidumbre extranjera; éstos se refugiaron en las abruptas montañas de un

rincón de Asturias y allí formaron un núcleo de héroes, que eran los verdaderos depositarios del arca santa de la patria, eligieron un jefe soberano, y éste fué D. Pelayo, deudo del rey D. Rodrigo: el nuevo soberano había frecuentado la corte toledana, atacando los vicios que la arrastraban al abismo, y era el único hombre que se había mantenido puro en medio de la corrupción de aquella corte envilecida; este digno representante de aquellos nobles é invencibles guerreros, modelo de honor y caballerosidad, asumió dentro de su corazón, fuerte y valeroso, la inmensa responsabilidad de la Reconquista Española, y comprendiendo, por adivinación profética, que llegaría un día, aunque lejano, en que España volvería á ser verdaderamente española sin yugo extranjero, alzó el pendón santo de la Cruz, lleno de fe y entusiasmo, en su noble causa.

Es digna de toda admiración y merecía ser cantada por la musa incomparable de Homero la conducta de aquel puñado de hombres que, llenos de entusiasmo y fe ardiente, se alzaban contra un ejército numeroso y triunfante, solamente para dar ejemplo á las generaciones

venideras y sostener siempre con brío y tesón la idea de la Reconquista; cada palmo de terreno ganado al enemigo á costa de su sangre era un triunfo señaladísimo, la patria iba poco á poco ensanchando sus fronteras, ¿qué era necesario para alcanzar la completa Reconquista? tiempo y constancia; con ambos factores se alcanzaría seguramente el triunfo, y ellos sabían esperar muriendo con la idea de un porvenir glorioso, y aquellas generaciones transmitían de padres á hijos el preciado tesoro de la patria, que al cabo de siete siglos de luchas heroicas había de tener feliz y glorioso resultado.

II

Posesionados los árabes de España después de la derrota de Guadalete, en menos de tres años pasó á ser nuestra hermosa Península una dependencia del Califato de Oriente, con el nombre de Emirato, y empezó á dividirse cada vez más, fundándose el Califato de Córdoba, y

posteriormente, habiendo los sucesores de Pelayo ensanchado poco á poco sus dominios, se fundaron los pequeños estados que se titularon Condados y los reinos de Sobrarbe y Rivagorza, empezándose de esta manera la lucha de ocho siglos, sin rival en la historia de las naciones: La Reconquista Española.

Las guerras continuas en que los señores de los diferentes estados en que se había dividido nuestra patria sostenían entre sí, fueron una de las principales causas de esta prolongada lucha; pero debemos decir, en honra suya, que jamás abandonaban el generoso pensamiento de ir ensanchando las fronteras; sucedíanse las generaciones, cambiaban las dinastías y señoríos, pero siempre se hacía la guerra continua, implacable al moro; siempre se acariciaba la esperanza de que algún día la España fuese verdaderamente española.

Este día llegó: la reina Isabel I había heredado la corona de Castilla por la falta de sucesión de su hermano Enrique IV y por medio de su enlace con Fernando I de Aragón, se hallaban reunidas en ellos estos dos ya poderosos reinos, y era necesario arrojar al enemi-

go de Granada, último reducto de su pasada grandeza, y los reyes católicos, con decisión inquebrantable, con alto espíritu político, con sentimiento verdaderamente español, emprendieron la campaña cuyo término había de ser la unidad de la patria.

....

....

III

El reino de Granada era poderoso y fuerte, pero estaba minado por las guerras interiores de banderías y partidos, y este fué el momento que aprovecharon los monarcas españoles; vamos á dar una idea lijera de la situación de los árabes en el último período de su dominación en España.

El rey Boabdil había sido elevado al trono por una conjuración entre los parciales de su padre y los que, favorecidos por el oro y las intrigas de su madre, la sultana Aixa, todo lo

esperaban de la debilidad de carácter del nuevo soberano; se dió el caso de reinar en la misma Granada el padre y el hijo, separados solamente por barrios, que constituían las fronteras, y estas divisiones preparaban el terreno al enemigo común; todos los días estallaban dentro de la ciudad motines y asonadas, y aunque Boabdil, ya dueño por completo del reino, había entregado el mando del ejército y el dominio supremo del Estado al príncipe Muza, carácter verdaderamente heroico, espíritu valeroso y amadísimo del pueblo, había sonado la última hora para el reino de Granada, y nada podía ya contenerla; el rey, pasaba su vida en las fiestas y saraos que se sucedían sin cesar en la Alhambra, entregado por completo en brazos de sus favoritas, sin prestigio entre los suyos, era aborrecido; los Zegries y Abencerrajes, los dos más poderosos bandos de Granada, ensangrentaban á cada paso las calles y plazas de la ciudad en luchas continuas. Muza procuraba á todo trance calmar el espíritu que se había apoderado del pueblo, cansado ya de sufrir el yugo de tan contrarios y encarnizados enemigos, y que

preferían entregarse á los cristianos antes que arrastrar aquella vida de sufrimientos.

Los reyes católicos tenían conocimiento de lo que pasaba en la ciudad por medio de sus agentes, y esperaban tranquilos y seguros el resultado en el Real de Santa Fe, ciudad que habían levantado frente á Granada; allí, rodeados de sus mejores caballeros de Castilla y Aragón, al mando de un ejército lucidísimo en que brillaban capitanes como Gonzalo de Córdoba (el Gran Capitán), Hernán Pérez del Pulgar, el conde de Tendilla, Garcilaso de la Vega, Aguilar y Gutierre de Cárdenas, perdiéndose entre aquella brillante y ostentosa corte de grandes, damas y prelados el pobre aventurero navegante, que seguía á la reina esperando el momento de la rendición de Granada para realizar su intento, confundido entre todos aquél que sobre todos había de brillar, Cristobal Colón, los reyes católicos recibieron la noticia de que la ciudad se entregaba y de que el rey Boabdil estaba dispuesto á salir de ella con las reinas, infantes y caballeros de su séquito después de entregar las llaves de la ciudad á los vencedores.

Al amanecer el día 3 de Enero de 1492, entretanto que en la Torre de la Vela de la ciudad se alzaba el estandarte de Castilla y León y el conde de Tendilla, en nombre de los reyes católicos. tomaba posesión de la ciudad tan deseada, salía por la Puerta Elvira un caballero, solo, triste, iracundo; era Muza, la encarnación de la patria árabe, el valeroso príncipe que había jurado «morir antes que rendirse» y que, abandonado de todos y sin ninguna esperanza, dejaba la ciudad; aquel héroe, legendario entre los suyos, desapareció del mundo sin que nadie pudiese averiguar su paradero; con él desapareció la grandeza de la antigua Granada y con él terminó por completo le raza de los antiguos y valerosos conquistadores que ocho siglos antes habían arribado á España.

El grito de la patria lanzado en Covadonga por el rey D. Pelayo encontró eco glorioso en todos los ámbitos de la Península; ya sus moradores, libres del yugo extranjero, podían echar sólidos cimientos señalando nueva era en la Historia de España, y si bien es verdad que con la caida del imperio árabe sufrieron

las artes, letras y ciencias gran quebranto, pues habían alcanzado en todas las esferas del saber alto prestigio, no es menos cierto que los españoles habían recobrado su antiguo é independiente carácter, que las fatigas y actividad de aquellas continuadas campañas había devuelto á los hispanos sus primitivas condiciones físicas y morales, que la dignidad y entereza, fundadas en el propio valer, había hecho de cada hombre un héroe, y, por último, que realizado el alto pensamiento político de la unidad de la patria, España se colocaba á la cabeza de las naciones, llegando al apogeo de una gloria que siempre iba en aumento.

....

....

IV

Lijeramente, como cumple á las condiciones de esta obra, presentaremos las figuras principales de aquella larga epopeya, honrando las páginas de este libro con los más escla-

recidos nombres de los ilustres varones que no tuvieron más pensamiento, más guía ni aspiración más noble y constante que la unidad de la patria.

Las fiestas que hubo en Bibarambla, motivadas por Muza, para ver si de este modo y bajo el prestigio del rey podían hacer olvidar á los dos bandos opuestos de Zegries y Abencerrajes sus antiguas rencillas, fueron el golpe de gracia para el reino musulmán; en vez de la paz, la tea de la discordia encendió por completo los antiguos bandos, y en medio de la fiesta, á presencia del rey y de la corte, se acometieron los enemigos, y aunque el valeroso Muza, al frente de sus almogávares, puso término á la contienda, salvando al rey y á la corte de un peligro seguro, su gran instinto político-militar le hizo ver las funestas consecuencias de aquellas fiestas que tanto renombre habían de alcanzar en la rendición del último baluarte del reino moro.

Aquella misma noche Muza convocó un consejo, presidido por el rey Boabdil; allí se decidió la rendición, y el valeroso Muza pronunció al salir del salón aquellas célebres palabras

que le inmortalizaron y que la historia ha recogido como prueba de cuanto puede el sentimiento patrio.

V

En el Real de Santa Fe, ciudad edificada por los reyes católicos frente á Granada para demostrar al enemigo la inquebrantable fe que tenía en el triunfo de sus armas, la animación era extraordinaria; se sabía que el consejo estaba reunido y presidido por los reyes y que asistían á él lo más florido y selecto de aquella corte de sabios y guerreros ilustres. El Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, el héroe de triunfos que la historia ha recogido presentándonosle como un paladín de las antiguas leyes; Hernán Pérez del Pulgar (el de las Hazañas), que tuvo alientos bastantes para penetrar en Granada sin más compañía que su escudero y clavar en la dorada puerta de su Mezquita un cartel con letras de oro, en que se veían las palabras de «Ave María», hazaña que mo-

tivó el que á la mañana siguiente penetrase braveando de cólera, iracundo el semblante, torvo el ceño y desafiando al ejército cristiano en masa el moro Tarfe, una de las primeras lanzas del ejército musulmán, que, retando en singular batalla á los más fuertes paladines, fué vencido, y rescatado el cartel que á la cola de su caballo llevaba atado, por el imberbe caballero, gloria de las musas castellanas y valeroso adalid, que manejando la espada como la pluma, empezaba los inmortales hechos de valor que habían de darle la muerte en defensa de su rey al pie de legendaria torre: el dulcísimo poeta Garcilaso de la Vega.

Aguilar, Tendilla, Alba, Fr. Pérez de Marchena, Fr. Hernando de Talavera y otros varios asistieron al consejo, que tuvo por resultado no aceptar la proposición que por medio de sellado y perfumado pergamino, hacían á la reina Isabel los traidores que vivían en Granada, preparando su rendición: la reina católica, con aquella hidalguía que siempre la caracterizó, con aquella nobleza de carácter, que llegó á ser el asombro de sus propios enemigos, rechazó la proposión que la hicieron y de-

cidió no manchar las páginas de la historia conquistando á Granada por la traición y el engaño, sino merced al valor de sus caballeros y á la fe inquebrantable en su alta empresa.

A la caída de la tarde, el rey Boabdil, acompañado de cincuenta caballeros de lo mejor de su ejército, traspuso el alto cerro del Padul, desde el cual se divisa á Granada; allí cayó de hinojos exhalando un suspiro que ha dado origen á leyendas y poemas; allí su madre, la sultana Aixa, altiva y fiera, al ver las lágrimas de su hijo al suspirar diciendo «Allah es grande», le dijo: «llora como débil mujer puesto que no supiste defender tu cetro y tu corona como rey»; y es fama que el rey destronado montó á caballo, y con tal ímpetu castigó al bruto, que aún se ven en la roca las huellas del casco del corcel castigado tan fieramente. El «rey desdichadillo» partió al Africa lleno de sentimiento y arrastró allí lánguida vida en medio de la tristeza y del dolor, siempre llorando su perdida Granada.

La reina, con aquella grandeza de carácter que era su más preciada joya, su fuerza más irresistible, entregó á Colón, que estaba con-

fundido con aquellos grandes señores cubiertos de galas y ricas preseas, el nombramiento de Gran Almirante de las Indias, y llena de fe religiosa, sostenida por el sentimiento patrio, participando del generoso entusiasmo que Colón había despertado en su alma, no dudando ni por un momento en la existencia de aquellas tierras que por intuición maravillosa se la presentaban al escuchar las seguridades que Fr. Pérez de Marchena la daba con espíritu verdaderamente profético, y aprovechando la ocasión del triunfo sobre Granada, apresuró el viaje de Colón y le mandó emprender la arriesgada empresa, favoreciéndole con el título de Gran Almirante de las Indias.

No se puede concebir más que fundándose en el dominio soberano que los reyes ejercían en aquel tiempo, el triunfo obtenido por la reina católica para lograr vèr armadas las tres carabelas que habían de llevar á Colón al descubrimiento del Nuevo Mundo; todos los sabios de Europa, todas las corporaciones científicas, habían calificado de sueño loco el pensamiento de Colón, y puede asegurarse que su primer victoria fué sobre el ánimo de la reina Isabel,

desviándola de la corriente general y haciéndola ver con perfecta claridad su pensamiento; hay algo de sobrenatural en este hecho por mucho que se trate del alto é indiscutible genio de una mujer tan eminentemente superior como Isabel la Católica.

Y aquí cumple hacer una observación: los hombres de genio científico, como Colón, no fundamentan sus proyectos, por grande que sea su fe, en delirios sobrenaturales; en Colón, la idea del Descubrimiento de la América no fué hija del acaso, sino una constante deliberación, basada en el gran número de datos y narraciones, que para otros habían pasado desapercibidos y para él tuvieron inmensa y merecida importancia; las revelaciones proféticas de Séneca (1); el libro de Aristóteles *De Cœllo*

---

(1) Traducción libre del P. Acosta, 1589.

Tras luengos siglos vendrá
Un siglo nuevo y dichoso
Que el Océano anchuroso
Sus límites pasará.
Descubrirán grande tierra,
Verán otro Nuevo Mundo,

et Mundo, que todos los geógrafos y personas cultas de aquellos tiempos conocían, aseguraban también nuevos é inexplorados mundos que algún día habían de descubrirse; las confusas noticias de la Historia Natural de Plinio y las no menos obscuras narraciones de la *Cosmografía*, de Ibrabon, también fueron manantial de profundas investigaciones, estudios para Colón, que supo aprovechar de ellas lo fundamental y científico, no lo basado en la leyenda casi mitológica ni en las advertencias sibilíticas que corrían entre el vulgo ajigantadas por la fecunda musa de la tradición popular; supo encontrar la pura esencia de las narraciones quiméricas, supo unirla á la propia observación que en sus viajes al servicio de Portugal por los mares africanos marcaban los últimos límites de los conocimientos geo-

---

Navegando el gran profundo
Que agora el paso nos cierra;
La Thula, tan afamada
Como del mundo postrera,
Quedará en esta carrera
Por muy cercana contada.

gráficos en el siglo XIV, y, por último, los estudios que hizo en su viaje á la isla de Madera formaron la base indestructible de una convicción profunda y arraigada que ya nada lograría destruir; esta convicción, hija de sus observaciones, y la fe inquebrantable que ardía en su alma, verdaderamente cristiana con luz inextinguible, fueron los móviles generosos que le alentaron en el triunfo de su alta empresa.

Plinio y Ptolomeo, verdaderos fundadores de la Geografía científica y positiva, consignaron la existencia de aquellas islas inaccesibles, á las que parecía defender, como muralla infranqueable, el cinturón de mares hasta allí inexplorados: en medio de las descripciones fabulosas de que están llenas sus páginas, se observa algo positivo que debió llevar al pensamiento de Colón ideas más concretas que las allí expresadas; bajo el punto de vista poético, es hermosa aquella tradición que presenta los peregrinos grupos de los archipiélagos atlánticos defendidos por los abismos inconmensurables de mares infinitos é ilimitados, de corrientes impetuosas é insondables, guardando la perpetuidad de su virginidad hasta siglos

remotos en que el osado aventurado arribase á ellas.

Muchos navegantes aseguraban haber costeado éstas islas, había quien contaba haberlas visto, pero ninguno había arribado á ellas; en la isla de Madera existía en aquel tiempo un intrépido navegante llamado Lesmes que aseguraba haberlas recorrido, haber estado con su buque muy próximo á Poniente y decía que allí habían divisado tres islas, Colón habló largamente con él y se corroboró en la idea que ya había concebido de la existencia de un Nuevo Mundo.

Debemos también consignar la tradición que en 1464 corría en Portugal entre la gente de mar; decían que existía una isla que se llamaba la isla de las siete ciudades, pobladas en el siglo VIII por españoles que después de la rota de Guadalete, en tiempo del rey Rodrigo, habían arribado á tan ignotas tierras efecto de la casualidad, allí al mando de los siete obispos que reconocieron como jefes, fundaron siete ciudades, y que después de llevar allí la civilización goda hasta su más alto grado de esplendor temerosos de que algunos iberos qui-

sieran volver á España quemaron las naves; asegurábase más y era que llevados de una tempestád algunos navegantes portugueses fueron recibidos magníficamente por los naturales de ellas que practicaban la religión católica y seguían en un todo los usos y costumbres de las antiguas cortes de los godos.

Pero lo que sobre todo llevó el convencimiento de la existencia de mundos ignorados á Colón, fué la observación de algunos fenómenos celestes que hasta allí no habían tenido explicación lógica; en circunstancias especiales y según ciertas combinaciones de la luz, se dibujaban con rara precisión por la convexidad de la bóveda celeste, algunas islas perdidas en la inmensidad del Occéano, cuya compacta masa coloreada por el azul del firmamento, era como convertirlas en cámara obscura que reverberaba con precisión la imágen reflejada; este fenómeno visto una y mil veces era apreciado según la inteligencia de cada cual, pero Colón fijándose en él sintió como la revelación instintiva de la verdad.

Su pensamiento se fijó de tal manera en este punto, que no daba lugar á tregua ni

descanso; día y noche, á todas horas, veía á través de los mares tierras ignotas pobladas de hombres y animales con una flora y una fauna completamente diferente de las europeas, con civilizaciones primitivas, sin religión ninguna, practicando solamente principios naturales, y en aquella alma sensible hasta la delicadeza, en aquel corazón lleno de amor cristiano, anhelaba angustioso el momento de llevar á ellos el conocimiento perfecto de la fe de Cristo y los principios de moral evangélica, de que tan saturado estaba aquel espíritu eminentemente superior.

La fantasía, que era en él, como en todos los hombres de verdadero genio, rica y exquisita, le hacía ver aquellas maravillas bajo un prisma puramente imaginativo; pero en sus memorias consta que en muchas ocasiones su espíritu, que podemos llamar profético, le hizo ver con toda precisión algo de lo que después de su arribo á las islas vió en ellas; Colón, en aquella época de su vida, tuvo verdaderos éxtasis científicos, revelaciones naturales y sueños proféticos, que fueron la base fundamental de aquellos calificativos de loco con que espí-

ritus mezquinos y envidiosos, vulgares, adocenados y puramente especulativos le adornaron, no viendo en él la inspiración divina del genio, sino las absurdas imaginaciones del charlatán aventurero.

VI

¡Cuánto debió sufrir su alma no viéndose comprendido por aquellos á quienes se dirigía en busca de protección para realizar sus altos y nobilísimos pensamientos! ¡Qué inmensa amargura tener que sufrir la burla del necio en vez de la admiración y el respeto debidos al sabio! ¡Qué momentos de lucha tan supremos! ¡Qué vacilaciones tan naturales y qué desfallecimientos tan poderosos no tuvo que experimentar! Asombra verdaderamente tanta virtud, y bien merece la palma del martirio y la santidad aquel que sin quejarse de su fiero destino aceptaba el cáliz del sacrificio sin protesta y la corona de espinas y sufrimientos con la sonrisa en los labios y la muerte en el

alma: su bien templado corazón supo resistir tantos embates que á otro menos fuerte y valeroso habrían llevado al sepulcro.

No puede determinarse con seguridad el momento histórico en que Colón adquirió el convencimiento profundo de la existencia de un Nuevo Mundo, pero si puede afirmarse que tras largas meditaciones científicas, con la natural concentración del sabio, disipando dudas, adquiriendo convicciones, sumando probabilidades y restando inconvenientes, dando fuerza y vigor á las ideas preconcebidas adquirió tal prestigio sobre sus convicciones, se posesionó tan por completo de su pensamiento, se hizo, en una palabra, tan dueño de sí mismo, que presentó la batalla á la duda, á la ignorancia, á la indiferencia, á la envidia, á la rutina, á la costumbre, al poder y á los sistemas establecidos y se aprestó al combate.

Hemos expuesto anteriormente las razones que tuvo Colón para conocer la existencia de un nuevo mundo más allá de los mares, y todos los autores que se han ocupado de estos viajes, han convenido en que el mayor y más fundamental pensamiento de Colón, fué la es-

feroicidad terrestre hallando, por lo tanto, sólido apoyo para la posibilidad de circunvalar el mundo, y si bien es cierto por su declaración propia que ya el año 1477 había comunicado su pensamiento á Toscanelli y que había arribado más de cien leguas al Occidente de Islandia procurando acercarse siempre al Polo para dar una pequeña vuelta al mundo, no es menos cierto que si hubiera poseído datos fijos, basados con la certificación de los propios navegantes que le habían acompañado no hubiera tenido que luchar por espacio de quince años contra todos los sabios de aquel tiempo, á no ser creamos tan faltos de ciencia, en primer lugar á los genoveses, que eran los que marchaban á la cabeza de los estudios de navegación en aquel tiempo, después á los que formaban el Consejo del príncipe portugués que ansioso de correr aventuras facilitaba medios á los que intentaban viajes de exploración con probabilidades de éxito, y, por último, hemos de negar siquiera sean fundamentos elementales, científicos, á los que formaban el claustro Salmantino, no debiendo olvidar que en aquella época ellos eran los que al-

canzaron el mayor grado de ilustración en todo el mundo, y que sus aseveraciones y dictámenes eran universalmente acatados; pobre idea deberíamos tener de aquellos sabios que con datos tan fijos, precisos é innegables como los que presentaba Colón calificaban de locura su proyecto tan atrevido, más bien debemos creer que Colón no podía presentar á los tribunales que había de juzgar su colosal proyecto, argumentos más sólidos que los basados en su ardiente fé, en las observaciones propias y en la relación de hechos que á los espíritus vulgares herían la fantasía, en él se repercutieron y hallaron cabida en su razón con la fuerza portentosa que la verdad adquiere en el cerebro del sabio, y la creencia firmísima del cristiano ante las conmovedoras revelaciones de la fe, las halagüeñas ilusiones de la esperanza y las heróicas manifestaciones la caridad, todas en beneficio de sus hermanos y emanadas del mismo Dios como privilegio á uno de sus favorecidos en recompensa de sus altas virtudes y probados sacrificios.

VII

Una ilustre personalidad á la que se debe la idea del Centenario de Colón, el marino don Patricio Ferrazón en discretísimo y bien escrito artículo al periódico *El Imparcial* de 13 de Abril de 1892, pretende probar con datos muy bien fundamentados, que Cristóbal Colón no descubrió el mundo en 1492, sino en 1477; verdaderamente es digna de aplauso la idea emitida y cuyos fundamentos hemos indicado anteriormente, presentando como pruebas que Colón el año 1492 en su primer viaje «se acercaba al Ecuador en vez de acercarse al Polo, aumentando de esta manera el círculo que se proponía recorrer, hecho á todas luces que le bastaba para calificarle de loco» asegurando por lo tanto que hubo un viaje anterior á la travesía emprendida desde la isla de la Gomera en el año 92.

¡Qué silencio tan bien guardado por Colón y sus acompañantes por espacio de alguno

años! y por último ¡que incredulidad tan grande la de los sábios y poderes á quienes se dirijió! una de dos ó Colón fué explícito solamente con Fr. Pérez de Marchena y la Reina Católica al presentarle el plano de sus proyectos ó no lo fué con los genoveses, portugueses y sabios de Salamanca, indicándoles solo vagamente sus proyectos científicos, en cuyo caso hicieron bien no atendiéndole y calificándole como loco, esto es perfectamente inadmisible, Colón presentó lo que podía presentar y nada más, buena prueba de ello los recelos del Rey Fernando que únicamente y á instancia de la Reina Isabel contrató el empréstito para llevar á cabo la arriesgada empresa con el banquero Santangel; si los Reyes Católicos pactaron en Santa Fé con Cristóbal Colón no fué en vista de la seguridad de su éxito, sino arrastrados por la fé que Colón había logrado imponer en el corazón de la Reina y ayudado poderosamente por Marchena que creyó ciegamente en Colón, no por alta ilustración científica, sino por ardiente fe religiosa, no por las seguridades que dan la fórmula algebráica ó el factor aritmético, sino por las vagas y conmo-

vedoras revelaciones de la fé y la firme creencia en el alto entendimiento del hombre y la compenetración de su propio entusiasmo.

¿Acaso Colón se hubiera visto reducido á tan mísera condición como la que le obligó á llamar á las puertas de un convento de frailes en demanda de pan y abrigo para él y su hijo si hubiera podido presentar datos fehacientes y palpables de que era dueño de un Nuevo Mundo en el que se encerraban innumerables tesoros? ¿Han faltado en algún tiempo judíos, y menos en aquél, en Castilla que abriesen sus arcas contando con las pingües ganancias que Colón podría proporcionarles? ¿Tan difícil le hubiera sido contratar para armar una carabela, si hubiera podido presentar testigos presenciales de la existencia de islas desconocidas? ¿Fué, acaso, orgullo, que nunca conoció, desconfianza de los hombres, á quienes siempre amó como hermanos, ó soberbia, impropia siempre del verdadero sabio á quien acompaña la modestia como fiel amiga? Bastan los datos aquí apuntados para probar hasta la evidencia la imposibilidad de Colón al tener que presentar pruebas irrecusables de la realiza-

ción de su gran proyecto; pero se hace completamente necesario insistir hasta la saciedad en estos argumentos para que no se robe á Colón la inmensa gloria del descubrimiento de América en 1492, hoy, que al honrar la memoria del gran marino, se tiene á gala desvirtuar de algún modo sus glorias, sea en busca de una popularidad mal entendida, ó ya pretendiendo encontrar nuevos datos que por un momento podrán fascinar á la multitud, pero no conseguirán se eclipse la aureola del grande hombre que ha escrito en el libro de la humanidad la más gloriosa página que cuentan los siglos; el acontecimiento más grande que registra la historia del mundo.

Hemos de ocuparnos, aunque ligeramente, de un hecho en la vida de Colón, que tuvo para él gran trascendencia y repercutió, como era natural, en su colosal proyecto, teniendo en cuenta que los hechos, al parecer, más insignificantes en la historia de los grandes hombres, tienen inmensa importancia por lo que se relaciona con sus consecuencias: nos referimos á sus amores con doña Beatriz Enríquez, hermosa y rica dama cordobesa, y de la

cual tuvo un hijo natural, llamado D. Fernando Colón, que nació en 1488 en Córdoba; es decir, cuatro años antes del descubrimiento de América; y no estará demás decir, tratándose de este D. Fernando Colón, que fué especialmente aficionado á los estudios científicos y que escribió la vida de Cristóbal Colón, que tradujo en Venecia Alonso de Ulloa, en 1571; fundó en Sevilla una biblioteca de 20.000 volúmenes; viajó por Amériea, Francia, Italia y Flandes, siendo grandemente considerado por Carlos V, que sabía apreciar sus grandes méritos; fué casi inseparable de su tío D. Diego Colón, segundo hermano de Cristóbal, que, merced al triunfo conseguido por su hermano, llegó á ocupar la presidencia del Consejo de Castilla.

VIII

Hemos dicho que tuvieron alta importancia en la vida de Cristóbal Colón sus amores con doña Beatriz, y hé aquí el hecho: en 1488 se hallaba Colón en compañía de sus hermanos Diego y Bartolomé, en Córdoba y siempre pensando en llevar á cabo su noble intento y en busca de medios para realizarle, hubo de ofrecerle doña Beatriz Enríquez una suma importante y suficiente para armar una ó dos carabelas: allí se sujetó á prueba heroica el pobre; entonces como nunca luchó consigo mismo el sabio; jamás tuvo que vencer tan ruda batalla en su espíritu el descubridor: aceptando las dádivas de la mujer amada, podía alcanzar de un golpe gloria, riqueza, poderío; no recibiendo de ella nada, le esperaba el sufrimiento continuado de su aspiración lejítima, la espera indefinida de la conquista de su empresa, la prolongada miseria, la incertidumbre en el fin, la intranquilidad consiguiente al que acariciando

continuamente un pensamiento teme verle realizado por otro... todo, todo lo sufrió Colón y tuvo en más el aprecio de sí mismo, no debiendo el triunfo que esperaba á una oferta amorosa y esperando y confiando en Dios alcanzar, mediante la protección de un Estado, porque pensaba, y pensaba muy bien, que la posteridad había de aquilatar hasta sus últimas acciones, y no quería presentar su memoria manchada por un afecto si bien noble no lejítimo; ambicionaba la pura é innaccesible corona del héroe, cuyos rayos habían de alumbrar al mundo en edades venideras; quería que brillara el sol de su genio incomparable sin los celajes que pudieran entenebrecer su brillo, y se colocaba en actitud tan alta, que había de ser admirado por todos á despecho de la calumnia y de la envidia, que fueron sus principales enemigos.

Su hermano Bartolomé, espíritu más práctico, le instaba poderosamente para que aceptase, diciéndole que ante todo era necesario concluir, por la brevedad de la vida, lo inseguro del pensamiento de los grandes y las alternativas que podía seguir la política acci-

dentada de aquellos tiempos: pero él (no sin librar rudos combates consigo) rechazó la proposición, hasta tal punto, que salió de Córdoba y no volvió á ver á doña Beatriz hasta que su hijo D. Fernando tenía cinco años; es decir, de vuelta ya de su primer viaje.

Asombra verdaderamente pensar la diferencia que se hubiera establecido si Colón, en vez de armar sus tres carabelas en nombre de España lo hubiera hecho por otra nación ó por sí mismo, fundando en América Estados que sólo hubieran dependido de su gobierno: en vez del prestigio, el oro, el poder y la fuerza que trajo á España, ó esto hubiera ido á parar á otro Estado, aumentando su poder y debilitando el nuetsro, ó se hubiera constituído en potencia libre é independiente, que hubiera llegado á ser nuestra enemiga por sus naturales condiciones.

IX

Como todo lo que se refiere á la vida de Colón es de gran importancia, debemos consignar un hecho cuya autenticidad es innegable por haber visto nosotros la firma del insigne Colón escrita en un folio, que conservaba como reliquia, en Amsterdám, hace diez años, un banquero judío de los más poderosos de aquella rica y comercial plaza: en él se consigna la deuda que Colón contrajo en Córdoba en 1488: hízonos la curiosidad averiguar el origen de aquel extraño documento, y su poseedor, con exquisita galantería, nos satisfizo; aquel documento había llegado á él por herencia directa de sus antepasados, y nosotros tenemos una satisfacción en narrar lo que él nos dijo; hé aquí brevemente la historia:

Parece ser que el futuro almirante de las Indias se hallaba en Córdoba, allá por los años de 1488, entretenido con los amores de doña Beatriz Enríquez, madre que fué de su hijo na-

tural y reconocido D. Fernando; tal vez en aquel afecto buscaba apoyo para entretener su pensamiento, siempre fijo en el descubrimiento de un Nuevo Mundo, y debió hacer allí amistad con un rico judío llamado Jucef (según el documento atestiguaba); este judío, que, como otros muchos de su religión, vivía de la usura, facilitando sumas de consideración, con gran premio, á los nobles y señores castellanos, que, con motivo de las continuas guerras, tenían siempre empeñados sus Estados y exhausta la bolsa, hubo de facilitar á Colón una suma de relativa importancia, que Colón firmó haber recibido, firma que hoy es un verdadero tesoro para todos los amantes de las glorias que alcanzó el gran marino; este judío Jucef, que no había cobrado la suma prestada, se presentó al Gran almirante, de vuelta de su primer viaje, para hacer efectiva la cantidad, que le fué satisfecha religiosamente; y, aprovechando el éxito colosal que alcanzó Colón á su llegada á España, publicó en romance una ingeniosa relación de las desventuras del Descubridor de las Indias: hemos procurado ponernos en relación con el que poseía estos te-

soros y nos ha sido imposible; llamamos la atención de los bibliófilos sobre este punto, pues sería curiosísima la publicación de aquel romance y el documento que tenía aquel descendiente del judío cordobés, documentos ambos de aquel tiempo y comprobantes seguros de algunos puntos históricos hasta hoy oscurecidos por el transcurso de los siglos.

También en Génova, en un italiano anticuado, hemos leído unos romances que trataban de la vida de Colón en la capital del antiguo califato; en ella se presentaba á Colón como un mancebo inspirado por el cielo para el descubrimiento de tierras ignotas y cual un trovador errante cantando trovas á su doña Beatriz, cosa á todas luces falsa, pues si bien es cierto que el amor en todas las edades es el mismo, no es creible que Colón, á los cuarenta y cinco años (edad que tenía cuando sus amores con la de Enríquez), se procediese como un paje, sino que, por el contrario, procuraría velar aquella debilidad de corazón cubriéndola bajo el velo del misterio.

Y cumple aquí declarar también que hallándose Colón en contacto con los que en

aquel tiempo (como en éste) acaparaban la riqueza nacional, ellos, que en toda ocasión han procurado, por todos los medios, aumentar sus tesoros, es bien extraño que no hubieran facilitado, al que, sin inconveniente alguno, pudo ser rey y señor de aquellas ignoradas tierras, los elementos suficientes para llevar á cabo su empresa; cuando no lo hicieron, es porque Colón no podía presentar datos seguros de la existencia de aquellas tierras al otro lado del mar, porque, aun dado el exajerado sentimiento religioso de Colón, no le hubieran faltado medios para, una vez conseguida su empresa, llevar é implantar en aquellas apartadas regiones el estandarte de la Cruz.

X

Creemos haber demostrado que Colón no pudo presentar datos fijos de su colosal proyecto y que sólo la ardiente fe que Fr. Pérez de Marchena, antiguo confesor de la reina católica, había logrado inspirarla, venció las dificultades que oponía el rey D. Fernando, apoyandole también al futuro almirante, Luis Santangel, receptor de rentas eclesiásticas de Aragón y uno de los partidarios de Colón; merced á los buenos oficios del P. Marchena, que, en unión de la discretísima marquesa de Moya, influyeron sobre el ánimo de la Reina pudo llevar á cabo la gloriosa empresa, siendo injusto dejar en el olvido el nombre de Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, antiguo huésped y amigo de Colón; el día 17 de Abril se firmaron las capitulaciones acordadas.

Entonces fué, en aquel memorable consejo,

último baluarte de resistencia para los planes de Colón, cuando sus contrarios exponían la situación precaria del Tesoro público, merced á la guerra de la Reconquista, que acababa de terminar con la rendición de Granada, cuando la gran reina, viendo las dudas y vacilaciones de su esposo, pronunció aquellas memorables palabras que la historia ha recogido como un tesoro de entusiasmo patrio y de fe cristiana, contestando al rey D. Fernando: «No expongáis el Tesoro de vuestro reino de Aragón; yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no bastare, aquí están mis alhajas, que empeñaré para ocurrir á sus gastos.»

Las capitulaciones fueron firmadas; el documento auténtico existe, cuidadosamente guardado, como una de las joyas más preciadas que tiene la historia del Descubrimiento de América, en el archivo del Excmo. Sr. Duque de Veragua, descendiente directo é ilustre del gran almirante: el documento dice así:

«Capitulaciones entre los señores Reyes Católicos y Cristóbal Colón.—Las cosas suplicadas é que vuestras Altezas dan y otorgan

á D. Cristóbal Colon, en alguna satisfación de lo que ha de descubrir en las mares Océanas, y del viaje que agora, con ayuda de Dios, ha de hacer por ellas en servicio á vuestras Altezas, son las que siguen:

»Primeramente: que vuestras Altezas, como Señores que son de las dichas mares Océanas, fagan desde agora al dicho D. Cristóbal Colón su Almirante en todas aquellas islas é tierras-firmes, que por su mano é industria se descobrieren ó ganaren en las dichas mares Océanas para durante su vida, y después dél muerto á sus herederos é sucesores de uno en otro perpetuamente, con todas aquellas preeminencias é prerrogativas pertenecientes al tal oficio, é segund que D. Alonso Henriquez, vuestro Almirante mayor de Castilla, é los otros predecesores en el dicho oficio lo tenían en sus distritos.

»*Place á sus Altezas.*=Juan de Coloma.

»Otrosí: que vuestras Altezas facen al dicho D. Cristóbal Colon su Visorrey y Gobernador general en todas las dichas islas é tierras-firmes que, como dicho es, él descobriere ó ganare en las dichas mares: é que para el re-

gimiento de cada una y cualquier dellas faga él elección de tres personas para cada oficio: é que vuestras Altezas tomen y escojan uno, el que más fuere su servicio, é así serán mejor regidas las tierras que Nuestro Señor le dejará fallar é ganar al servicio de vuestras Altezas.

»*Place á sus Altezas.*=JUAN DE COLOMA.

»Item: que todas é cualesquier mercadurías, siquier sean perlas, piedras preciosas, oro, plata, especieria é otras cualesquier cosas é mercaderías de cualquier especie, nombre e manera que sean, que se compraren, trocaren, fallaren, ganaren é hobieron dentro de los límites del dicho Almirantazgo, que dende agora vuestras Altezas facen merced al dicho don Cristóbal y quieren que haya y lleve para sí la decena parte de todo ello, quitadas las costas todas que se ficieren en ello. Por manera, que de lo que quedare limpio é libre haya é tome la decena parte para sí mismo, é faga della á su voluntad, quedando las otras nueve partes para vuestras Altezas.

»*Place á sus Altezas.*=JUAN DE COLOMA.

»Otrosí: que si á causa de las mercaderías que él traerá de las dichas islas y tierras, que

así como dicho es se ganaren ó descobrieren, ó de las que en trueque de aquellas se tomaran acá de otros mercaderes, nasciere pleito alguno en el lugar donde el dicho comercio é trato se terná é fará; que si por la preeminencia de su oficio de Almirante le pertenecerá cognoscer de tal pleito; plega á vuestras Altezas que él ó su Teniente, y no otro Juez, cognosca del tal pleito, é así lo provean dende agora.

»*Place á sus Altezas, si pertenesce al dicho oficio de Almirante, segun que lo tenia el dicho Almirante D. Alonso Henriquez, y los otros sus antecesores en sus distritos, y siendo justo.* =JUAN DE COLOMA.

»Item: que en todos los navíos que se armaren para el dicho trato é navegación, cada y cuantas veces se armaren, que pueda el dicho D. Cristóbal Colón, si quisiere contribuir é pagar la ochena parte de todo lo que se gastare en el armazón; é que también haya é lleve del provecho la ochena parte de lo que resultare de la tal armada.

»*Place á sus Altezas.*=JUAN DE COLOMA.

»Son otorgados é despachados con las respuestes de vuestras Altezas en fin de cada un

capítulo en la Villa de Santa Fe de la Vega de Granada, á diez y siete del mes de Abril del año del Nascimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil é cuatrocientos é noventa y dos años.=YO EL REY.—YO LA REINA.=Por mandado del Rey é de la Reina.=JUAN DE COLOMA.=Registrada.=CALCENA.»

XI

Terminada la campaña de la Reconquista se dispuso inmediatamente, como ya hemos dicho, que Colón realizase su arriesgado viaje; por fin la pequeña flota, compuesta de las tres carabelas, Nao capitana *Santa María* y la *Pinta* y la *Niña*, salieron del pequeño puerto de Palos de Moguer el 3 de Agosto de 1842.

Es imposible describir los variados y múltiples accidentes del viaje, las inquietudes y emores de los navegantes aventureros que le acompañaban, la sedición que se agitaba sordamente entre los tripulantes buscando un

momento oportuno para estallar; jamás la paciencia humana, la fe religiosa y la seguridad de un éxito completo tuvieron más digno empleo; el gran almirante, sin desatender un punto el objeto principal de su viaje, la vista fija en el horizonte, esperando ver la ansiada tierra, tenía que emplear gran parte de su tiempo en levantar el espíritu de los que, pasados algunos días, desconfiaban del resultado favorable de la navegación; tenía que alentar á los débiles, sostener á los creyentes, vigilar á los conspiradores, hacer frente á los levantiscos y revoltosos y dominar á los envidiosos y contrarios que, manifestaban abierta y clara satisfación al ver no se cumplían las brillantes ofertas que Colón hiciera y preferían se perdiese la más grande conquista que los siglos vieron con tal de que el prestigio de Colón menguase cayendo su nombre envuelto en las redes del desengaño público y el olvido general: siempre sirvió de alegría y satisfación al envidioso la derrota del hombre de genio, porque jamás podrá perdonar el buho al águila altanera, que tiende su vuelo en el espacio, sin rival en aquellas regiones, ni la venenosa

serpiente dejará de ver sin ira y recelo al fiero león, cuya nobleza y poderío envidiará eternamente.

XII

Noche inolvidable aquélla en que, desencadenados los elementos con furia, roto el velamen de la capitana, en que iba Colón, recogidas las rasgadas velas, que casi estaban destruídas por la fuerza del huracán, casi perdido el timón, maltrecho el bauprés y cimbreándose los palos de mesana y trinquete; alumbrados por la sulfúrea luz de los relámpagos, asustados por el fragor continuado del ronco trueno, casi á merced de las encrespadas olas, que como gigantes se elevaban hasta el oscuro cielo ó se derrumbaban, deshaciéndose en espumas, en los profundos senos de los mares, estalló la insurrección sobre cubierta, pidiendo los sublevados la vida de Colón.

Si eran formidables los ímpetus de la tem-

pestad que se extendía por el oscuro y tenebroso horizonte, no era menos temerosa la tormenta que se había desencadenado en el ánimo de los insurrectos; con roncas voces, descompuestos ademanes, airadas actitudes, fieros gritos é interjecciones sordas, corrían de uno al otro lado, precipitándose sobre cubierta y embriagándose en su propio furor para atreverse al almirante, que hacía esfuerzos soberanos para dominar la insurrección.

Uno de los más temerarios, que se había constituído jefe del motín por el derecho que dan siempre la audacia, el atrevimiento y la destemplanza en actos y palabras, propuso á sus compañeros asesinar inmediatamente á Colón, que estaba en su camarote consultando la brújula para la dirección de las naves después de la tormenta; fué aceptada la proposición por marineros y hombres de armas, y tumultuosamente se dirijieron en busca del almirante: éste se presentó sereno, inalterable en la apariencia, tal era el dominio que sobre sí mismo tenía, y aunque comprendiendo que en aquel momento se jugaba su vida, cosa que él tenía en muy poco aprecio, como había de-

mostrado en la campaña contra los moros; pero no se trataba de la vida de un hombre, sino de un gran descubrimiento, de un acto de imperecedera memoria, del acontecimiento más grande que registraría la historia de la humanidad, y Colón tembló; muerto él, ¿cuándo se descubriría el Nuevo Mundo? acaso correrían los siglos y permanecerían ignoradas aquellas tierras, expuestas á un cataclismo geológico ó destinadas á ser perpetuamente vírgenes enmedio de aquella vegetación, exhuberante de vida y defendidas por un cinturón acuático que ningún mortal lograría salvar; todas estas reflexiones, hechas con la relampagueante velocidad que la idea adquiere en el cerebro del hombre de genio superior acometieron á Colón, que, encomendándose á Dios con la fe del cristiano y la profunda convicción del sabio, se concentró un punto en su pensamiento, y halló la idea salvadora; con aparente tranquilidad les hizo cesión de su vida, exigiéndoles un breve plazo; si no descubrían la tierra deseada, les demostró la imposibilidad de volver á España muerto él, pues no conocerían el rumbo que habían de traer para la

vuelta; les increpó por su falta de fe en el éxito de la empresa, y les convenció de tal modo, que ellos cedieron y le devolvieron el mando completamente dominados, porque jamás acento humano tuvo tales vibraciones de convicción, nunca orador alguno halló más fuego y expresión en sus palabras para convencer á su auditorio, en ninguna ocasión como aquella se demostró cuán grande es el poder de la inteligencia bien empleada sobre los hombres y cuán prestigioso el principio de autoridad cuando el jefe se sabe imponer por las incontestables dotes del hombre superior nacido para ejercer el mando sobre los demás hombres: calmada la insurrección todo volvió á su primitivo estado, y habiendo Colón mandado disponer las maniobras necesarias para continuar el viaje, Colón cayó de rodillas sobre cubierta; su alma se compenetró con la divina esencia que presta genio al hombre, vida á las plantas, luz á los cielos, término á los mares, variedad á las estaciones y equilibrio al munco, y pidió al Sér Creador, al Dios omnipotente con todas las energías de su alto espíritu feliz término á su viaje, en bien de los hom-

bres, sus hermanos, á quienes tanto amaba: su alma se abismó en las profundidades del éxtasis, y como por mágica revelación vió próxima la tierra que pronto alcanzaría, clavando en ella el estandarte de la Fe, que como luz inmortal habría de alumbrar aquellas apartadas regiones.

XIII

Como si Dios hubiese querido dar á Colón señales ciertas de que la tierra anhelada se hallaba próxima, el día 16 de Septiembre, al amanecer, se vieron flotar sobre la superficie de las olas yerbas marinas, que eran claras señales de que se aproximaba el término del viaje; el 17 por la tarde aparecieron también, arrastradas por la violencia de las aguas, algunas maderas cortadas y una duela, objetos que probaban hasta la evidencia la existencia del hombre; grande alegría tuvieron los navegantes al contemplar estas señales de la proximi

dad de la tierra y cobraron nuevos bríos aquellos que hasta entonces habían dudado de la existencia de un Nuevo Mundo más allá del continente; á partir de aquel momento, todo fueron locas esperanzas y firme creencia de que las ilusiones que habían concebido al emprender la arriesgada empresa iban á convertirse en realidades, que traerían el poder, la fortuna y el oro á los que iban en las carabelas: todo aquel respeto que antes inspiró Colón, trocándose en desconfianza y furor, al ver no se alcanzaba tan pronto como deseaba el premio de tantos afanes, se convirtió en adoración insensata hacia el almirante al ver tan claras muestras de triunfo; desde entonces fué, para los descreídos, Colón casi un Dios.

Pero cuando el entusiasmo rayó en delirio fué en las primeras horas de la mañana del día 11 de Octubre: meciéndose blandamente sobre la superficie de las aguas se vió una caña verde y dos horas después una rama de espino en flor, mensajera fiel de aquella pródiga naturaleza, que se anunciaba á los exploradores como guía seguro y faro de bienandanza á los intrépidos aventureros que habían

llegado hasta aquellas apartadas é inexploradas regiones.

Y la aparición de tan evidentes señales de la proximidad de la tierra fué al amanecer de un día plácido y sereno en que parecía que la misma naturaleza se había vestido sus mejores galas; el aire tibio emanado del suelo tropical llevaba hasta los tripulantes las acres y fuertes emanaciones de la tierra, impregnando el ambiente, saturándole con efluvios que electrizaban los nervios y saturaban el aire; parecía que la luz era más brillante y más pura en aquellas regiones, el cielo se presentaba más diáfano y trasparentes las aguas se agitaban con movimientos más candenciosos, el sol irradiaba más brillantes sus rayos de oro, el mar ostentaba más serena y límpida la superficie de sus aguas y parecía que de los recónditos senos acuáticos, en que tienen su elemento la madrépora y el coral, los nácares y conchas de más preciados iris, donde los musgos y los líquenes marinos toman, con las sales que á ellos se asimilan, esos tonosmetálicos que son el encanto de los naturalistas y la admiración del sabio, parecía, repetimos, que de

aquellos abismos sin fondo, de aquellos encantados senos, de aquellos inexplorados y múltiples misterios, de aquellos fondos sin fin, se elevaban á los cielos, en el coro inmenso que entonaba la naturaleza, himnos de triunfo para los navegantes y coro armonioso de gloria para Colón; que mares, cielos, auras, abismos, horizontes ilimitados, luz radiante, sol espléndido y emanaciones acres, de encanto infinito y deleite inexplicables, parecían, en su mudo lenguaje, vestidas con sus más ricas galas, decir al atrevido explorador: «bienvenido seas, para gloria de Dios.»

Los tonos irisados de las nubes, reflejándose en las aguas y cambiando con ellas besos infinitos, las montañas vaporosas formadas con las tenues y casi impalpables espumas salinas, columpiándose con muelle languidez, las auras que juegan con ellas como el silfo con el aire y la ondina con la ola, forman un conjunto armónico que solamente la imaginación del poeta alcanza á concebir, y para complemento de tanta hermosura, como altísimo límite de la belleza increada, como fascinación de los sentidos, que abre ancho y dilata-

do camino á los éxtasis del alma, el sol, que se va elevando lenta y magestuosamente del fondo de los mares, tocando con mágico y fugitivo pincel las vaporosas crestas de las olas, que se extienden por el dilatado horizonte hasta la inmensidad y que, cual único artista divino, abrillanta. embellece, dora, pule, esculpe, esmalta, pinta é ilumina el complicado velamen, las revueltas jarcias, los altos trinquetes, los tendidos aparejos y todo lo que constituye el pequeño mundo de aquellos navegantes; el astro incomparable besa y bendice todo cuanto alcanza la vista, elevando hasta los cielos un coro inmenso de amor y bienandanza, cantando las alabanzas del Supremo Creador.

XIV

Desde el momento en que la rama de espino en flor apareció sobre las olas cual mensajera de triunfo, anunciando la proximidad de la tierra deseada, Colón perdió enteramente la calma soberana que nunca le abandonaba y se entregó por completo á la alegría, aunque procurando contenerse en los justos límites de la prudencia para no manifestar á sus compañeros un sentimiento que pudiera confundirse con la sorpresa, siendo así que no era más que la realización completa de lo que su fe cristiana y su alto saber científico le habían pronosticado.

¡Qué horas aquéllas las que trascurrieron desde el amanecer del 11 de Octubre hasta que la aurora asomó por el horizonte el día 12! Colón impaciente, nervioso, agitado sin cesar,

paseando de proa á popa, de babor á estribor, sin un minuto de descanso, sin dormir un instante, casi sin comer, poseído de una fiebre vertiginosa que hacía afluir la sangre á su rostro, coloreándole con los tonos arrebatados de la calentura ó empalideciéndole hasta la lividez, vibrantes sus nervios y en tensión contínua cual si fueran á romperse por la poderosa convulsión interna, temblorosas sus manos, extraviada su vista, queriendo siempre ver á través del catalejo la tierra y no viendo nada, en unos momentos erguido y valiente con la actitud soberana del triunfo, en otros desfallecido, casi sin movimiento ni vida, luchando en tan supremos instantes entre la fiebre del triunfo y el marasmo de la impaciencia, he aquí á grandes rasgos el estado físico de Cristóbal Colón, cuando las primeras y poéticas tintas de la alborada empezaron á teñir el horizonte el memorable día 12 de Octubre, día grabado en la Historia de España con letras de oro y en la historia de la humanidad con caracteres indelebles.

Elevando su alma á Dios, replegado sobre sí mismo en un rincón del castillo de proa

fijando su vista en el horizonte casi automáticamente, le sorprendió el grito del vigía que con voz alegre, retumbante, victoriosa repitió por tres veces: ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!

Entonces se verificó un verdadero milagro: no se comprende como el corazón de Colón no estalló á impulso de la emoción que del gran hombre se apoderó, se puso en pie, rígido como un cadáver, quedó un momento inmóvil como la roca enmedio de la tempestad, casi sin vida, sin conciencia, pasado un minuto desfalleció, sus nervios se distendieron, perdió el equilibrio y cayó de rodillas nublados sus ojos por las lágrimas, y con voz entrecortada como un suspiro, vaga como el beso del aura enmedio de la noche, con toda su alma, con todo su pensamiento, con todo lo que le restaba de energía y de vida, viendo ante sí en el dilatado horizonte la tierra que se le aparecía como fantástica neblina, como realización de sagrada promesa que en esponsales místicos habían ambos contraído, como la vírgen engalanada y sonriente espera al esposo de su amor, tendiéndole los brazos en arrebatador deseo, exclamó ¡Gracias Dios mío!

Y para complementar tanta ventura, como música celeste que en las alturas se entonase en acción de gracias, nublando por un momento el sol que se elevaba poco á poco con serena magestad, una bandada de bulliciosas golondrinas cruzó el aire con gritos alegres saludando á los intrépidos navegantes.

No hay pluma humana que pueda describir el cuadro que se ofreció á la vista á bordo de las carabelas, el movimiento tenía algo del vértigo, los gritos del triunfo tenían las inflexiones de la locura, pasos precipitados, carreras vertiginosas, sollozos convulsivos, risas entrecortadas, lágrimas de felicidad bañando tostados rostros é iluminándolos con las incomparables tintas del triunfo satisfecho, oraciones elevándose á los cielos, interjecciones sordas, roncos suspiros, todas las manifestaciones que el ser humano tiene en sus variedades múltiples; todos los arrebatos que acompañan al éxito en su soberano poderío.

Colón por fin se reaccionó, y se presentó ante los navegantes en actitud digna cual cumple al hombre que sabe que en un momento histórico é inolvidable le contempla el mun-

do entero y le espera la historia para reflejar hasta sus últimos detalles, y asió con mano firme el Estandarte de la Cruz que á proa estaba clavado, y viendo que la tripulación en masa le bendecía y aclamaba con gritos frenéticos, impuso silencio con actitud inspirada, tremoló el Estandarte y mandó que todos se pusieran de rodillas para dar gracias al Dios de las victorias; los tripulantes obedecieron con religioso respeto, y Colón señalando la tierra con la mano derecha y agitando sobre la cabeza de todos el símbolo bendito de la Cruz dijo: cantemos alabanzas al Dios de las alturas, hermanos míos, en nombre de España vamos á tomar posesión de esas tierras y á llevar á ellas la civilización y el progreso. ¡Gloria por siempre á Dios!

XV

No cumple á las condiciones de esta obra ocuparnos del desembarco de Colón y de las mil peripecias que siguieron al descubrimiento del Nuevo Mundo: hemos apuntado los hechos más culminantes de la historia de la Reconquista Española y el Descubrimiento de la América, sucesos que cambiaron totalmente la política de nuestra patria y que abrieron ancho cauce á las esperanzas y deseos de los aventureros españoles que, dominados por el afán incesante del oro, partieron á millares á las nuevas tierras, hallando la inmensa mayoría de ellos la tumba en vez de la fortuna codiciada; entonces empezó esa larga serie de guerras intestinas en los diversos Estados nuevamente fundados allí, guerra que no tendrá término, pues la sangre heredada de los españoles se manifiesta siempre en los Estados americanos de que por largo tiempo fuimos dueños y que por las traiciones de unos y la mala adminis-

tración de otros hemos perdido para no recobrarlas jamás.

Aparte de estas digresiones, y ciñéndonos al asunto que hemos tratado con toda imparcialidad, hemos de consignar un hecho que para la mayoría de los historiadores que de Colón se han ocupado ha pasado casi desapercibido; éste es el carácter del gran almirante, en que se revela de un modo ostensible las infinitas vicisitudes porque pasó durante su accidentada vida: insistimos en estos detalles, porque todo lo que se refiere á la vida de un hombre de tan excepcionales condiciones y de aptitudes tan diversas, de sentimientos tan elevados, interesa á la sociedad que rinde hoy justo tributo de admiración al genio que ha realizado el acontecimiento más grande que registra la historia de la humanidad.

Las condiciones en que se nace, el medio ambiente en que se vive, los lugares que se habitan, las personas con quienes se trata, la educación que se recibe, moldean, digámoslo así, el carácter del individuo y determinan el camino que se ha de recorrer durante la vida entera: siendo esto una verdad innegable,

¿cómo comprender la altivez de Colón en unos casos y la humildad exagerada en otros? ¿Cómo combinar en un sólo carácter la petición de pan y abrigo á la puerta de un convento de frailes, llevando un hijo que languidece por falta de alimento y manifestándose humilde entre los humildes para hallar protección, es decir, un hombre colocado en la última escala social, y este mismo hombre se muestra altivo ante los reyes católicos, hasta el punto de responder á la reina, él, hijo de un tejedor genovés, si bien noble, porque en Génova la nobleza principal radicaba en la industria y el comercio, él, aunque perfectamente educado, según los mayores adelantos de su época, alejado, por la medianía de su posición, de los altos centros principales, decir á la reina: «Si soy almirante, no seré el primero de mi familia.»? ¿Cómo se concibe ver reunidos en un solo individuo el valor llevado hasta la temeridad, como lo demostró en la guerra contra los moros, y la timidez exagerada que tenía en el convento de la Rávida?

Hechos son estos que detienen el pensamiento del historiador; contrastes tan vigoro-

rosos, que determinan el genio, producto, consecuencia, término y desenlace de tan encontrados sentimientos, claro-oscuro que se vé sin cesar en todos los grandes caracteres que la Historia presenta.

La Iglesia Católica, con grandes y fundados motivos, pretende colocar á Cristóbal Colón en el número de los Santos; buen número de obispos y arzobispos lo han significado, presentando como fundamento á tan alta y divina gerarquía, el hecho de que Colón, ante todo, fué á descubrir el Nuevo Mundo para llevar á tan apartadas regiones la cruz del cristianismo; aducen como prueba la severidad de su vida, su gran religiosidad en la mayor parte de los hechos que en ella se presentan, sus votos religiosos antes y después de su primer viaje, la despedida que hizo de la *Santa María* en el templo de Palos y el bautismo de su Nao, capitana, con este nombre, colocándola bajo su advocación; su traje-hábito, en cumplimiento de votos humildes, el llevar constantemente sobre su corazón la imagen del crucificado y otros muchos detalles que prueban hasta la evidencia la alta religiosidad de Colón.

Aparte de estos hechos demostrativos, creemos que si la santidad consiste en llevar con inquebrantable paciencia las grandes penas y dolores, sufrir con resignación heroica toda clase de reveses de fortuna, no desmayar jamás ante las contrariedades de la vida, sentir una fe capaz de trasladar las montañas como enseña Jesucristo, soportar el martirio después del triunfo, aceptar las cadenas del prisionero, y, por último, morir pobre, calumniado y perseguido por la envidia, apurando hasta las heces el cáliz de la amargura; si en esto consiste y estriba el ser Santo, Colón merece la santidad.

Y para terminar esta breve reseña de el grande acontecimiento nacional, como complemento, aunque incompleto, de estas breves noticias, debemos admirar, ante todo y sobre todo, en el gran Colón, además del genio supremo con que Dios favoreció su alto espíritu, la fe ardiente que presidió todos los actos de su vida, la paciencia inagotable, que fué su apoyo más firme; el desdén supremo con que acogió siempre los actos injustificados de sus naturales enemigos los genoveses y los portugueses, que en toda ocasión pretendieron amen-

guar y palidecer el brillo de su gloria, la caridad sublime hacia sus contrarios, la resignación evangélica que siempre opuso á la calumnia y á la envidia, armas que sin cesar contra él esgrimieron sus contrarios y que le persiguieron más allá del sepulcro, todo esto demuestra hasta la evidencia que Colón fué uno de los elegidos por Dios para llevar una vida de continuos martirios, aceptando la corona de espinas durante toda una vida para llevar eternamente la corona de luz y gloria inmarcesibles que la humanidad, rindiendo justo tributo hoy á su incomparable genio, coloca sobre su frente como simbolo eterno y justo de inmortalidad.

ÍNDICE

LAMINAS

OBRAS DE VICENTE DE LA CRUZ

LITERARIAS

	Pesetas
Más pequeñeces: *El jesuíta*............	3
» *El cuarto Estado*.......	3
Historia general de la Pintura Española.	2
Crítica de la Exposición de 1875........	1
» » 1878........	1
» » 1882........	1

POÉTICAS

Patria (drama en un acto), teatro Español	1
La Contrata (comedia en un acto), ídem íd.	1
Defensa de las mujeres, teatro de la Alhambra............................	1
La cruz del humilladero (drama en tres actos), teatro de Novedades...........	2
El incendio (poema).....................	1
El coloso de los mares (idem)...........	1
La Reconquista Española y el Descubrimiento de América.................	2